

Año 1 Número 3 - Enero 2014



SOCIEDAD DE AUTORES  
INDEPENDIENTES

Por una verdadera Revolución Editorial

# Umbral

## Revista Literaria



*En este número:*

*5 Poemas*

*1 Artículo*

*12 Cuentos*

*1 Obra de teatro*



# Nota Editorial

Es para mí un honor y un gran compromiso escribir la Nota Editorial de este número. Llegar a los lectores a través de este espacio es un verdadero placer, ya que normalmente lo hago a través de novelas, cuentos y comentarios. Ahora me toca el turno de blandir la espada en esta cruzada de SAINDE en pro del “derecho de una persona a vivir de su producción intelectual”, según palabras expresadas por el propio Álvaro.

La idea es ayudar a través de SAINDE a todas aquellas personas con grandes sueños a poder concretarlos, considerando siempre que para realizarlos necesitamos la confianza de la sociedad. “Que te escuchen, que te vean, que te lean”. La gente muchas veces es cruel y le cuesta ser generosa a la hora de confiar, ya sea por malas experiencias o por simplemente ser su naturaleza. La realización de una idea necesita de cierta capacidad ejecutiva para cada uno de los instantes que llevan a la concreción del producto. Trasladar esas experiencias y poder sumarlas a las de otros es la tarea de SAINDE. Uniendo esfuerzos es como se logran las cosas.

El asunto no termina allí, es un proceso en el cual los seres humanos debemos avanzar culturalmente para poder comprender que primero está la sociedad y no la persona, el individualismo es un derecho que se gana en terrenos propios y no en los de una comunidad, donde el esfuerzo de cada uno debe ser para sumar al de todos, los deberes están antes que nuestros derechos, primero laboremos y luego repartamos los beneficios.

Todo comienza comprendiendo el propósito de cada uno de nosotros, entendiendo que nuestro destino va más allá que “creced y multiplicaos”, los tiempos de obscuridad ya han pasado y debemos quitarnos el velo de la ignorancia para avanzar decididos hacia el futuro de la humanidad.

La represión, el temor, el poder de algunos, que no sean causantes para que nos quedemos quietos, callados, amarrados a la incultura, porque todo eso nos hace perder la capacidad de razonar, nos hace estar unos contra otros, estas son armas usadas para que quien domina poder controlarnos mejor.

No tengo la experiencia que los años suelen dar,

pero sí el ejemplo de personas que a pesar de su edad o de su salud, no han encontrado frenos, sino acicates en tales obstáculos para seguir trabajando en pro de la cultura.

Quiero sentirme orgulloso, no por el mero hecho de alimentar mi ego, sino por saber que he podido transitar un camino sin que esa pesada carga de ataduras limitantes me haya impedido, intentar al menos, lograr mis metas en esta vida. Esperamos con gusto la compañía de todos ustedes en esta tarea ardua de sembrar la simiente de la solidaridad, base de toda sociedad.

Esta Comisión Directiva tiene la esperanza de que hayan pasado una hermosa navidad rodeados de sus seres queridos y les desea un próspero año nuevo. Un cordial abrazo para todos.

*Eric J. Lagarrigue*  
Comisión Directiva



*Umbral*  
Revista Literaria  
Órgano oficial de la Sociedad  
de Autores Independientes

Año 1 - Número 3 - Enero del 2014

Dirección general: Naida Saavedra  
Corrección y estilo: Eric J. Lagarrigue  
Composición y diseño: Álvaro Díaz  
Imagen de portada: M.C. Escher

#### Colaboradores de esta edición

Marino Liso David Solera Apache Beltrand  
Lizandro Samuel Don Srtxema David Hernández  
Álvaro Torres-Calderón Víctor Pardo  
Rosa M<sup>a</sup> Nieto Lilian Lencinas Adelfa Martín  
Víctor Á. Hernández José Llanes Jurado  
Rubén Falgueras Pradas

Contacto: revista@sainde.org

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.  
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.



# Índice de contenido

## Editorial

Nota editorial (*Eric J. Lagarrigue*) ..... 1

## Cuentos

¿Dónde estoy? (*Lizandro Samuel*) ..... 10

Julieta (*David Hernández*) ..... 13

La cosa (*Lilian Lencinas*) ..... 22

La herencia es lo de menos (*Adelfa Martín*) ..... 24

Una historia de amor encontrado (*José Llanes J.*) ..... 29

Partida con el enemigo (*Rubén Falgueras Pradas*) ... 30

Con flores a María (*Rosa María Nieto*) ..... 32

Indolentes comensales (*Víctor Álex Hdez.*) ..... 35

## Poesía

Venus en su espejo (*David Solera Asís*) ..... 9

Carta (*Apache Beltrand*) ..... 9

La chica de ayer (*Don Strxema*) ..... 12

Caída (*Apache Beltrand*) ..... 12

Epitafio (*Álvaro Torres-Calderón*) ..... 15

## Maestros

**Semejante a la noche**

(*Alejo Carpentier*)

de "Guerra del tiempo" ..... 4

**Magarita o el poder de la farmacopea**

(*Adolfo Bioy Casares*)

relato de 1983 ..... 11

**El cuento del niño malo**

(*Mark Twain*)

relato de 1865 ..... 20

**Cirugía**

(*Anton Chéjov*)

publicado en la revista *Oskolki* en 1884 ..... 27

## Artículos

Ligero de equipaje (*Marino Liso*) ..... 3

## Teatro

La mala señal (*Víctor G. Pardo*) ..... 16



El derecho universal a la cultura y al acceso a la información es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser un medio imprescindible para el crecimiento moral e intelectual de la sociedad.

Sociedad de Autores Independientes



# Antonio Machado: Ligero de equipaje

Cuando a finales de enero de 1939, Antonio Machado llegó a Colliure en un pequeño tren de madera, venía ya derrotado, cansado y triste. El penoso viaje entre Barcelona y la frontera francesa había hecho mella en la delicada salud del poeta y en la de su madre, doña Ana Ruiz, que permaneció con él hasta el final. Su cuerpo estaba exhausto, pero más, si cabe, su alma. Salía de la España en guerra que tanto le dolía en esos momentos y a la que amaba con todo su corazón, gran corazón.

En España se perdió el maletín con sus apuntes y su cuaderno de notas. Con su *ligero equipaje* y el de otros muchos españoles desesperados, quedaron quizás sus últimos trabajos literarios, sus preciados versos y la poca esperanza que aún le podía quedar para seguir cantando, como tan magistralmente lo hiciera antaño, a España, a Soria, a Sevilla, a Leonor o a Guiomar.

No puedo imaginar el sufrimiento y el silencio del poeta en esos momentos. Ni siquiera el hecho de ser reconocido por un ferroviario en Colliure y la acogida dispensada por Pauline Quintana, dueña del hostel, y por Juliette, la propietaria de la pequeña tienda del pueblo, compensaban el dolor que debió sentir el poeta ante la ruptura tan traumática que suponía el exilio.

Tampoco el Dovy, pequeño riachuelo que discurre por delante del hostel, pudo saciar su sed de Duero, patente desde que abandonó su querida Soria, ni los plátanos suplieron a los álamos dorados ni al limonero que retrata en el escenario de su infancia en Sevilla. La mano que sostenía su pluma, no recibía el soplo del alma que había quedado vagando en una España oscura y derrotada.

Ese escaso mes, hasta su muerte, debió ser de un vacío inmenso. Tan solo consolado por las miradas al mar en aquellas tardes soleadas de febrero, no hilaban los versos en trozos de papel, aunque su mente no se apartara un segundo de los recuerdos dejados atrás, y a pesar de su inmenso amor latente y frustrado por Guiomar.

Cuántas veces, al cerrar los ojos, debió trasladar sus sueños a la sombra del Olmo Seco buscando el Moncayo azul y blanco y añorando siluetas plateadas y llanuras inmensas.

En sus largos paseos, tuvo que echar de menos la mano de Leonor, su esposa fallecida en lo mejor de su juventud.

Son días bajos y tristes de Machado que, falto de musas, escribe notas en papeles arrugados como el que encontró su hermano José en su chaqueta tres días después de su muerte. Nos dejó escrito su último verso, un verso alejandrino realmente bello en el que nos transmite que regresa a su infancia: Estos días azules y este sol de la infancia:

*Estos días azules y este sol de la infancia*

Primaveras azules, otoños azules, sol de Sevilla y de Baeza, espigas doradas y atardeceres junto al Duero se pueden contemplar en este verso que resume el estado del poeta en esos duros momentos en los que, a pesar de todo, se aferra a su pasado como aferrándose a la vida que se va. También contemplo en él las luces de la República, ahora oscurecida, que, como buen maestro, supo transmitir. Es la luz de la infancia y la juventud y el sol de sus amores profundos lo que quiere expresar Machado en un verso sin signos de puntuación, sin principio ni fin, como queriendo abarcar, con su recuerdo, todos los momentos felices y todo lo que añoraba en el universo de sus *mundos sutiles*. Es como un suspiro de nostalgia.

El veintidós de febrero de 1939, a la hora de partir, falleció Don Antonio Machado, tan cerca y tan lejos de la España que adoraba, *casi desnudo, como los hijos de la mar*.

*¿No ves, Leonor, los álamos del río  
con sus ramajes yertos?  
Mira el Moncayo azul y blanco; dame  
tu mano y paseemos.*

1914 - Campos de Castilla  
Antonio Machado



*Marino Liso*  
Zaragoza - España  
1958

Poeta vocacional  
Residente en  
Barcelona, España



# Semejante a la noche

*Y caminaba, semejante a la noche*

*Iliada, Canto I*

El mar empezaba a verdecer entre los promontorios todavía en sombras, cuando la caracola del vigía anunció las cincuenta naves negras que nos enviaba el rey Agamemnon. Al oír la señal, los que esperaban desde hacía tantos días sobre las boñigas de las eras, empezaron a bajar el trigo hacia la playa donde ya preparábamos los rodillos que servirían para subir las embarcaciones hasta las murallas de la fortaleza. Cuando las quillas tocaron la arena, hubo algunas riñas con los timoneles, pues tanto se había dicho a los micenianos que carecíamos de toda inteligencia para las faenas marítimas, que trataron de alejarnos con sus pértigas. Además, la playa se había llenado de niños que se metían entre las piernas de los soldados, entorpecían las maniobras, y se trepaban a las bordas para robar nueces de bajo los banquillos de los remeros. Las olas claras del alba se rompían entre gritos, insultos y agarradas a puñetazos, sin que los notables pudieran pronunciar sus palabras de bienvenida, en medio de la barahúnda. Como yo había esperado algo más solemne, más festivo, de nuestro encuentro con los que venían a buscarnos para la guerra, me retiré, algo decepcionado, hacia la higuera en cuya rama gruesa gustaba de montarme, apretando un poco las rodillas sobre la madera, porque tenía un no sé qué de flancos de mujer.

A medida que las naves eran sacadas del agua, al pie de las montañas que ya veían el sol, se iba atenuando en mí la mala impresión primera, debida sin duda al desvelo de la noche de espera, y también al haber bebido demasiado, el día anterior, con los jóvenes de tierras adentro, recién llegados a esta costa, que habrían de embarcar con nosotros, un poco después del próximo amanecer. Al observar las filas de cargadores de jarras, de odres negros, de cestas, que ya se movían hacia las naves, crecía en mí, con un calor de orgullo, la conciencia de la superioridad del guerrero. Aquel aceite, aquel vino resinado, aquel trigo sobre todo, con el cual se cocerían, bajo ceniza, las galletas de las noches en que dormiríamos al amparo de las proas mojadas, en el misterio de alguna ensenada desconocida, camino de la Magna Cita de Naves, aquellos granos que habían sido echados con ayuda de mi pala, eran cargados ahora para mí, sin que yo tuviese que fatigar estos largos músculos que tengo, estos brazos hechos al manejo de la pica de fresno, en tareas buenas para los que sólo sabían de oler la tierra; hombres, porque la miraban por sobre el sudor de sus bestias, aunque vivieran encorvados encima de ella, en el hábito de deshierbar y arrancar y rascar, como los que sobre la tierra pacían. Ellos nunca pasarían bajo aquellas nubes que siempre ensombrecían, en esta hora, los verdes de las lejanas islas de donde traían el silfión de acre perfume. Ellos nunca conocerían la ciudad de anchas calles de los troyanos, que ahora íbamos a cercar, atacar y asolar. Durante días y días nos habían hablado, los mensajeros del Rey de Micenas, de la insolencia de Príamo, de la miseria que amenazaba a nuestro pueblo por la arrogancia de sus súbditos, que hacían mofa de nuestras viriles costumbres; trémulos de ira, supimos de los retos lanzados por los de Ilios a nosotros, acaienos de largas cabelleras, cuya valentía no es igualada por la de pueblo alguno. Y fueron clamores de furia, puños alzados, juramentos hechos con las palmas en alto, escudos arrojados a las paredes, cuando supimos del rapto de Elena de Esparta. A gritos nos contaban los emisarios de su maravillosa belleza, de su porte y de su adorable andar, detallando las crueldades a que era sometida en su abyecto cautiverio, mientras los odres derramaban el vino en los cascotes. Aquella misma tarde, cuando la indignación bullía en el pueblo, se nos anunció el despacho de las cincuenta naves. El fuego se encendió entonces en las fundiciones de los bronceros, mientras las viejas traían leña del monte. Y ahora, transcurridos los días, yo contemplaba las embarcaciones alineadas a mis pies, con sus quillas potentes, sus mástiles al descanso entre las bordas como la virilidad entre los muslos del varón, y me sentía un poco dueño de esas maderas que un portentoso ensamblaje, cuyas artes ignoraban los de acá, transformaba en corceles de corrientes, capaces de llevarnos a donde desplegábase en acta de grandezas el máximo acontecimiento de todos los tiempos. Y me tocaría a mí, hijo de talabartero, nieto de un castrador de toros, la suerte de ir al lugar en que nacían las gestas cuyo relumbro nos alcanzaba por los relatos de los marinos; me tocaría a mí, la honra de contemplar las murallas de Troya, de obedecer a los jefes insignes, y de dar mi ímpetu y mi fuerza a la obra del rescate de Elena de Esparta - másculo empeño, suprema victoria de una guerra que nos daría, por siempre, prosperidad, dicha y orgullo. Aspiré hondamente la brisa que bajaba por la ladera de los olivares, y pensé que sería hermosos morir en tan justiciera lucha, por la causa misma de la Razón. La idea de ser



traspasado por una lanza enemiga me hizo pensar, sin embargo, en el dolor de mi madre, y en el dolor, más hondo tal vez, de quien tuviera que recibir la noticia con los ojos secos -por ser el jefe de la casa. Bajé lentamente hacia el pueblo, siguiendo la senda de los pastores. Tres cabritos retozaban en el olor del tomillo. En la playa, seguía embarcándose el trigo.

## II

Con bordoneos de vihuela y repiques de tejoletas, festejábese, en todas partes, la próxima partida de las naves. Los marinos de La Gallarda andaban ya en zarambeques de negras horras, alternando el baile con coplas de sobado, como aquella de la Moza del Retoño, en que las manos tentaban el objeto de la rima dejado en puntos por las voces. Seguía el trasiego del vino, el aceite y el trigo, con ayuda de los criados indios del Veedor, impacientes por regresar a sus lejanas tierras. Camino del puerto, el que iba a ser nuestro capellán arreaba dos bestias que cargaban con los fuelles y flautas de un órgano de palo. Cuando me tropezaba con gente de la armada, eran abrazos ruidosos, de muchos aspavientos, con risas y alardes para sacar las mujeres a sus ventanas. Éramos como hombres de distinta raza, forjados para culminar empresas que nunca conocerían el panadero ni el cardador de ovejas, y tampoco el mercader que andaba pregonando camisas de Holanda, ornadas de caireles de monjas, en patios de comadres. En medio de la plaza, con los cobres al sol, los seis trompetas del Adelantado se habían concertado en folías, en tanto que los atambores borgoñones atronaban los parches, y bramaba, como queriendo morder, un sacabuche con fauces de tarasca.

Mi padre estaba, en su tienda oliente a pellejos y cordobanes, hincando la lezna en un acción con el desgano de quien tiene puesta la mente en espera. Al verme, me tomó en brazos con serena tristeza, recordando tal vez la horrible muerte de Cristobalillo, compañero de mis travesuras juveniles, que había sido traspasado por las flechas de los indios de la Boca del Drago. Pero él sabía que era locura de todos, en aquellos días, embarcar para las Indias, aunque ya dijeran muchos hombres cuerdos que aquello era engaño común de muchos y remedio particular de pocos. Algo alabó de los bienes de la artesanía, del honor -tan honor como el que se logra en riesgosas empresas- de llevar el estandarte de los talabarteros en la procesión del Corpus; ponderó la olla segura, el arca repleta, la vejez apacible. Pero, habiendo advertido tal vez que la fiesta crecía en la ciudad y que mi ánimo no estaba para cuerdas razones, me llevó suavemente hacia la puerta de la habitación de mi madre. Aquél era el momento que más temía, y tuve que contener mis lágrimas ante el llanto de la que sólo habíamos advertido de mi partida cuando todos me sabían ya asentado en los libros de la Casa de la Contratación. Agradecí las promesas hechas a la Virgen de los Mareantes por mi pronto regreso, prometiendo cuanto quiso que prometiera, en cuanto a no tener comercio deshonesto con las mujeres de aquellas tierras, que el Diablo tenía en desnudez mentidamente edénica para mayor confusión y extravío de cristianos incautos, cuando no maleados por la vista de tanta carne al degaire. Luego, sabiendo que era inútil rogar a quien sueña ya con lo que hay detrás de los horizontes, mi madre empezó a preguntarme, con voz dolorida, por la seguridad de las naves y la pericia de los pilotos. Yo exageré la solidez y marinería de La Gallarda, afirmando que su práctico era veterano de Indias, compañero de Nuño García. Y, para distraerla de sus dudas, le hablé de los portentos de aquel mundo nuevo, donde la Uña de la Gran Bestia y la Piedra Bezar curaban todos los males, y existía, en tierra de Omeguas, una ciudad toda hecha de oro, que un buen caminador tardaba una noche y dos días en atravesar, a la que llegaríamos, sin duda, a menos de que halláramos nuestra fortuna en comarcas aún ignoradas, cunas de ricos pueblos por sojuzgar. Moviendo suavemente la cabeza, mi madre habló entonces de las mentiras y jactancias de los indianos, de amazonas y antropófagos, de las tormentas de las Bermudas, y de las lanzas enherboladas que dejaban como estatua al que hincaban. Viendo que a discursos de buen augurio ella oponía verdades de mala sombra, le hablé de altos propósitos, haciéndole ver la miseria de tantos pobres idólatras, desconocedores del signo de la cruz. Eran millones de almas, las que ganaríamos a nuestra santa religión, cumpliendo con el mandato de Cristo a los Apóstoles. Éramos soldados de Dios, a la vez que soldados del Rey, y por aquellos indios bautizados y encomendados, librados de sus bárbaras supersticiones por nuestra obra, conocería nuestra nación el premio de una grandeza inquebrantable, que nos daría felicidad, riquezas, y poderío sobre todos los reinos de la Europa. Aplacada por mis palabras, mi madre me colgó un escapulario del cuello y me dio varios ungüentos contra las mordeduras de alimañas ponzoñosas, haciéndome prometer, además, que siempre me pondría, para dormir, unos escaipines de lana que ella misma hubiera tejido. Y como entonces repicaron las campanas de la catedral, fue a buscar el chal bordado que sólo usaba en las grandes oportunidades. Camino del templo, observé que a pesar de todo, mis padres estaban como acrecidos de orgullo por tener



un hijo alistado en la armada del Adelantado. Saludaban mucho y con más demostraciones que de costumbre. Y es que siempre es grato tener un mozo de pelo en pecho, que sale a combatir por una causa grande y justa. Miré hacia el puerto. El trigo seguía entrando en las naves.

### III

Yo la llamaba mi prometida, aunque nadie supiera aún de nuestros amores. Cuando vi a su padre cerca de las naves, pensé que estaría sola, y seguí aquel muelle triste, batido por el viento, salpicado de agua verde, abarandado de cadenas y argollas verdecidas por el salitre, que conducía a la última casa de ventanas verdes, siempre cerradas. Apenas hice sonar la aldaba vestida de verdín, se abrió la puerta y, con una ráfaga de viento que traía garúa de olas, entré en la estancia donde ya ardían las lámparas, a causa de la bruma. Mi prometida se sentó a mi lado, en un hondo butacón de brocado antiguo, y recostó la cabeza sobre mi hombro con tan resignada tristeza que no me atreví a interrogar sus ojos que yo amaba, porque siempre parecían contemplar cosas invisibles con aire asombrado. Ahora, los extraños objetos que llenaban la sala cobraban un significado nuevo para mí. Algo parecía ligarme al astrolabio, la brújula y la Rosa de los Vientos; algo, también, al pez-sierra que colgaba de las vigas del techo, y a las cartas de Mercator y Ortelius que se abrían a los lados de la chimenea, revueltos con mapas celestiales habitados por Osas, Canes y Sagitarios. La voz de mi prometida se alzó sobre el silbido del viento que se colaba por debajo de las puertas, preguntando por el estado de los preparativos. Aliviado por la posibilidad de hablar de algo ajeno a nosotros mismos, le conté de los sulpicianos y recoletos que embarcarían con nosotros, alabando la piedad de los gentileshombres y cultivadores escogidos por quien hubiera tomado posesión de las tierras lejanas en nombre del Rey de Francia. Le dije cuanto sabía del gigantesco río Colbert, todo orlado de árboles centenarios de los que colgaban como musgos plateados, cuyas aguas rojas corrían majestuosamente bajo un cielo blanco de garzas. Llevábamos víveres para seis meses. El trigo llenaba los sollados de La Bella y La Amable. Íbamos a cumplir una gran tarea civilizadora en aquellos inmensos territorios selváticos, que se extendían desde el ardiente Golfo de México hasta las regiones de Chicagúa, enseñando nuevas artes a las naciones que en ellos residían. Cuando yo creía a mi prometida más atenta a lo que le narraba, la vi erguirse ante mí con sorprendente energía, afirmando que nada glorioso había en la empresa que estaba haciendo repicar, desde el alba, todas las campanas de la ciudad. La noche anterior, con los ojos ardidados por el llanto, había querido saber algo de ese mundo de allende el mar, hacia el cual marcharía yo ahora, y, tomando los ensayos de Montaigne, en el capítulo que trata de los carruajes, había leído cuanto a América se refería. Así se había enterado de la perfidia de los españoles, de cómo, con el caballo y las lombardas, se habían hecho pasar por dioses. Encendida de virginal indignación, mi prometida me señalaba el párrafo en que el bordelés escéptico afirmaba que "nos habíamos valido de la ignorancia e inexperiencia de los indios, para atraerlos a la traición, lujuria, avaricia y crueldades, propias de nuestras costumbres". Cegada por tan páfida lectura, la joven que piadosamente lucía una cruz de oro en el escote, aprobaba a quien impiamente afirmara que los salvajes del Nuevo Mundo no tenían por qué trocar su religión por la nuestra, puesto que se habían servido muy útilmente de la suya durante largo tiempo. Yo comprendía que, en esos errores, no debía ver más que el despecho de la doncella enamorada, dotada de muy ciertos encantos, ante el hombre que le impone una larga espera, sin otro motivo que la azarosa pretensión de hacer rápida fortuna en una empresa muy pregonada. Pero, aun comprendiendo esa verdad, me sentía profundamente herido por el desdén a mi valentía, la falta de consideración por una aventura que daría relumbre a mi apellido, lográndose, tal vez, que la noticia de alguna hazaña mía, la pacificación de alguna comarca, me valiera algún título otorgado por el Rey aunque para ello hubieran de perecer, por mi mano, algunos indios más o menos. Nada grande se hacía sin lucha, y en cuanto a nuestra santa fe, la letra con sangre entraba. Pero ahora eran celos los que se traslucían en el feo cuadro que ella me trazaba de la isla de Santo Domingo, en la que haríamos escala, y que mi prometida, con expresiones adorablemente impropias, calificaba de "paraíso de mujeres malditas". Era evidente que, a pesar de su pureza, sabía de qué clase eran las mujeres que solían embarcar para el Cabo Francés, en muelle cercano, bajo la vigilancia de los corchetes, entre risotadas y palabrotas de los marineros; alguien -una criada tal vez- podía haberle dicho que la salud del hombre no se aviene con ciertas abstinencias y vislumbraba, en un misterioso mundo de desnudeces edénicas, de calores enervantes, peligros mayores que los ofrecidos por inundaciones, tormentas, y mordeduras de los dragones de agua que pululan en los ríos de América. Al fin empecé a irritarme ante una terca discusión que venía a sustituirse, en tales momentos, a la tierna despedida que yo hubiera apetecido. Comencé a renegar de la pusilanimidad de las mujeres, de su incapacidad de heroísmo, de sus filosofías de pañales y costureros, cuando sonaron fuertes aldabonazos,



anunciando el intempestivo regreso del padre. Salté por una ventana trasera sin que nadie, en el mercado, se percatara de mi escapada, pues los transeúntes, los pescaderos, los borrachos -ya numerosos en esta hora de la tarde- se habían aglomerado en torno a una mesa sobre la que a gritos hablaba alguien que en el instante tomé por un pregonero del Elixir de Orvieto, pero que resultó ser un ermitaño que clamaba por la liberación de los Santos Lugares. Me encogí de hombros y seguí mi camino. Tiempo atrás había estado a punto de alistarme en la cruzada predicada por Fulco de Neuilly. En buena hora una fiebre maligna -curada, gracias a Dios y a los ungüentos de mi santa madre- me tuvo en cama, tiritando, el día de la partida: aquella empresa había terminado, como todos saben, en guerra de cristianos contra cristianos. Las cruzadas estaban desacreditadas. Además, yo tenía otras cosas en qué pensar.

El viento se había aplacado. Todavía enojado por la tonta disputa con mi prometida, me fui hacia el puerto, para ver los navíos. Estaban todos arrimados a los muelles, lado a lado, con las escotillas abiertas, recibiendo millares de sacos de harina de trigo entre sus bordas pintadas de arlequín. Los regimientos de infantería subían lentamente por las pasarelas, en medio de los gritos de los estibadores, los silbatos de los contramaestres, las señales que rasgaban la bruma, promoviendo rotaciones de grúas. Sobre las cubiertas se amontonaban trastos informes, mecánicas amenazadoras, envueltas en telas impermeables. Un ala de aluminio giraba lentamente, a veces, por encima de una borda, antes de hundirse en la oscuridad de un sollado. Los caballos de los generales, colgados de cinchas, viajaban por sobre los techos de los almacenes, como corceles wagnerianos. Yo contemplaba los últimos preparativos desde lo alto de una pasarela de hierro, cuando, de pronto, tuve la angustiada sensación de que faltaban pocas horas -apenas trece- para que yo también tuviese que acercarme a aquellos buques, cargando con mis armas. Entonces pensé en la mujer; en los días de abstinencia que me esperaban; en la tristeza de morir sin haber dado mi placer, una vez más, al calor de otro cuerpo. Impaciente por llegar, enojado aún por no haber recibido un beso, siquiera, de mi prometida, me encaminé a grandes pasos hacia el hotel de las bailarinas. Christopher, muy borracho, se había encerrado ya con la suya. Mi amiga se me abrazó, riendo y llorando, afirmando que estaba orgullosa de mí, que lucía más guapo con el uniforme, y que una cartomántica le había asegurado que nada me ocurriría en el Gran Desembarco. Varias veces me llamó héroe, como si tuviese una conciencia del duro contraste que este halago establecía con las frases injustas de mi prometida. Salí a la azotea. Las luces se encendían ya en la ciudad, precisando en puntos luminosos la gigantesca geometría de los edificios. Abajo, en las calles, era un confuso hormigueo de cabezas y sombreros.

No era posible, desde este alto piso, distinguir a las mujeres de los hombres en la neblina del atardecer. Y era, sin embargo, por la permanencia de ese pulular de seres desconocidos, que me encaminaría hacia las naves, poco después del alba. Yo surcaría el Océano tempestuoso de estos meses, arribaría a una orilla lejana bajo el acero y el fuego, para defender los Principios de los de mi raza. Por última vez, una espada había sido arrojada sobre los mapas de Occidente. Pero ahora acabaríamos para siempre con la nueva Orden Teutónica, y entraríamos, victoriosos, en el tan esperado futuro del hombre reconciliado con el hombre. Mi amiga puso una mano trémula en mi cabeza, adivinando, tal vez, la magnanimidad de mi pensamiento. Estaba desnuda bajo los vuelos de su peinador entreabierto.

#### IV

Cuando regresé a mi casa, con los pasos inseguros de quien ha pretendido burlar con el vino la fatiga del cuerpo ahito de holgarse sobre otro cuerpo, faltaban pocas horas para el alba. Tenía hambre y sueño, y estaba desasosegado, al propio tiempo, por las angustias de la partida próxima. Dispuse mis armas y correajes sobre un escabel y me dejé caer en el lecho. Noté entonces, con sobresalto, que alguien estaba acostado bajo la gruesa manta de lana, y ya iba a echar mano al cuchillo cuando me vi preso entre brazos encendidos de fiebre, que buscaban mi cuello como brazos de náufrago, mientras unas piernas indeciblemente suaves se trepaban a las mías. Mudo de asombro quedé al ver que la que de tal manera se había deslizado en el lecho era mi prometida. Entre sollozos me contó su fuga nocturna, la carrera temerosa de ladridos, el paso furtivo por la huerta de mi padre, hasta alcanzar la ventana, y las impacencias y los miedos de la espera. Después de la tonta disputa de la tarde, había pensado en los peligros y sufrimientos que me aguardaban, sintiendo esa impotencia de enderezar el destino azaroso del guerrero que se traduce, en tantas mujeres, por la entrega de sí mismas, como si ese sacrificio de la virginidad, tan guardada y custodiada, en el momento mismo de la partida, sin esperanzas de placer, dando el desgarré propio para el goce ajeno, tuviese un propiciatorio poder de ablación ritual. El contacto



de un cuerpo puro, jamás palpado por manos de amante, tiene un frescor único y peculiar dentro de sus crispaciones, una torpeza que sin embargo acierta, un candor que intuye, se amolda y encuentra, por oscuro mandato, las actitudes que más estrechamente machihembran los miembros. Bajo el abrazo de mi prometida, cuyo tímido vellón parecía endurecerse sobre uno de mis muslos, crecía mi enojo por haber extenuado mi carne en trabazones de harto tiempo conocidas, con la absurda pretensión de hallar la quietud de días futuros en los excesos presentes. Y ahora que se me ofrecía el más codiciable consentimiento, me hallaba casi insensible bajo el cuerpo estremecido que se impacientaba. No diré que mi juventud no fuera capaz de enardecerse una vez más aquella noche, ante la incitación de tan deleitosa novedad. Pero la idea de que era una virgen la que así se me entregaba, y que la carne intacta y cerrada exigiría un lento y sostenido empeño por mi parte, se me impuso con el temor al acto fallido. Eché a mi prometida a un lado, besándola dulcemente en los hombros, y empecé a hablarle, con sinceridad en falsete, de lo inhábil que sería malograr júbilos nupciales en la premura de una partida; de su vergüenza al resultar empuñada; de la tristeza de los niños que crecen sin un padre que les enseñe a sacar la miel verde de los troncos huecos, y a buscar pulpos debajo de las piedras. Ella me escuchaba, con sus grandes ojos claros encendidos en la noche, y yo advertía que, irritada por un despecho sacado de los trasmundos del instinto, despreciaba al varón que, en semejante oportunidad, invocara la razón y la cordura, en vez de roturarla, y dejarla sobre el lecho, sangrante como un trofeo de caza, de pechos mordidos, sucia de zumos; pero hecha mujer en la derrota. En aquel momento bramaron las reses que iban a ser sacrificadas en la playa y sonaron las caracolas de los vigías. Mi prometida, con el desprecio pintado en el rostro, se levantó bruscamente, sin dejarse tocar, ocultando ahora, menos con gesto de pudor que con ademán de quien recupera algo que estuviera a punto de malbaratar, lo que de súbito estaba encendiendo mi codicia. Antes de que pudiera alcanzarla, saltó por la ventana. La vi alejarse a todo correr por entre los olivos, y comprendí en aquel instante que más fácil me sería entrar sin un rasguño en la ciudad de Troya, que recuperar a la Persona perdida.

Cuando bajé hacia las naves, acompañado de mis padres, mi orgullo de guerrero había sido desplazado en mi ánimo por una intolerable sensación de hastío, de vacío interior, de descontento de mí mismo. Y cuando los timoneles hubieron alejado las naves de la playa con sus fuertes pértigas, y se enderezaron los mástiles entre las filas de remeros, supe que habían terminado las horas de alardes, de excesos, de regalos, que preceden las partidas de soldados hacia los campos de batalla. Había pasado el tiempo de las guirnaldas, las coronas de laurel, el vino en cada casa, la envidia de los canijos, y el favor de las mujeres. Ahora, serían las dianas, el lodo, el pan llovido, la arrogancia de los jefes, la sangre derramada por error, la gangrena que huele a almíbares infectos. No estaba tan seguro ya de que mi valor acrecería la grandeza y la dicha de los acaienos de largas cabelleras. Un soldado viejo que iba a la guerra por oficio, sin más entusiasmo que el trasquilador de ovejas que camina hacia el establo, andaba contando ya, a quien quisiera escucharlo, que Elena de Esparta vivía muy gustosa en Troya, y que cuando se refocilaba en el lecho de Paris sus estertores de gozo encendían las mejillas de las vírgenes que moraban en el palacio de Príamo. Se decía que toda la historia del doloroso cautiverio de la hija de Leda, ofendida y humillada por los troyanos, era mera propaganda de guerra, alentada por Agamemnon, con el asentimiento de Menelao. En realidad, detrás de la empresa que se escudaba con tan elevados propósitos, había muchos negocios que en nada beneficiarían a los combatientes de poco más o menos. Se trataba sobre todo -afirmaba el viejo soldado- de vender más alfarería, más telas, más vasos con escenas de carreras de carros, y de abrirse nuevos caminos hacia las gentes asiáticas, amantes de trueques, acabándose de una vez con la competencia troyana. La nave, demasiado cargada de harina y de hombres, bogaba despacio. Contemplé largamente las casas de mi pueblo, a las que el sol daba de frente. Tenía ganas de llorar. Me quité el casco y oculté mis ojos tras de las crines enhiestas de la cimera que tanto trabajo me hubiera costado redondear -a semejanza de las cimeras magníficas de quienes podían encargar sus equipos de guerra a los artesanos de gran estilo, y que, por cierto, viajaban en la nave más velera y de mayor eslora.

*Alejo Carpentier*

*Lausana - Suiza - 1904*

*París - Francia - 1980*

*Novelista y narrador Cubano.*

*Relato extraído del libro  
"Guerra del Tiempo" (1956)*





# Venus en su espejo

**S**erso lienzo el que refleja  
esa mirada tuya  
tan oscura y reservada;

tal vez por enamorada  
que entre dientes masculla  
por verte como una vieja.

Aunque prescindes de paños  
que ensombrezcan a tus líneas,  
estas permanecen níveas,  
mas sí te pesan los años.

Hasta envidia te despierta  
ese querubín alado,  
que persiste enamorado,  
aunque no luzcas perfecta.

Él sostiene convencido  
el espejo immaculado  
que ilumina tu belleza,  
aunque tú no te des cuenta  
de cuánto por ti daría.

Cuánta dama desearía  
lucir dichosa y contenta,  
con donosura y grandeza,  
tu reflejo ya olvidado,  
mas no desaparecido.

*David Solera Asís*  
Madrid - España - 1984

*Licenciado en Ciencias  
Sociales con Certificado  
de Aptitud Pedagógica.  
Actor de teatro y escritor  
con preferencia por la  
poesía y el relato.*



## Carta

Recibirás una carta.  
En ella escribiré  
lo que con palabras  
no puedo decirte.

La dictará mi alma,  
porque así podrá decir  
mi sentir con la claridad  
con que puede hacerlo.

La ornaré con detalles.  
La rodearé con bellos  
encajes unidos  
con las fibras de mi ser.

Emisario será mi amor.  
Así no habrá equivocación  
de que, corazón a corazón,  
llegue a su destinatario.

Te la dedicaré.  
Mi amor hablará de su amor  
con dictados del alma...  
escritos en pétalos de una flor.

*Apache Beltrand*  
México D.F. - 1956

*Escritor y Periodista.  
Licenciado en Derecho.*





# ¿Dónde estoy?

¿Cuál es la diferencia entre estar y no estar? ¿Entre ser y no ser? ¿En qué punto sientes desdoblarse los pliegues de tu alma? ¿Cuándo sabes que esto ha pasado? ¿Por qué la creatividad de dos personas no da para crear nuevas realidades? ¿Por qué somos tan ingenuos?

Sabía que algo se había roto, me di cuenta, pero lo ignoré. Yo andaba bien e, incluso, sentí hervir por mi cuerpo la alegría de nuevas escalas de felicidad. Pero allí estaba, en aquel pequeño palacio diseñado por el poder adquisitivo de una muy bien remunerada familia. Veía televisión, películas, oía música y todo junto a Ella, pero había algo que olvidaba, había dejado mi laptop en casa.

Yo, un joven escritor, para algunas revistas sobrevalorado, pero eso sí, bien remunerado (No me quejaba), aquella calurosa tarde recordé haber olvidado –no desde ese día, sino desde un mes antes– mi laptop.

¿Cómo carajo escribe un escritor sin su posesión más preciada? ¿Cómo yo, el chico interesante del ocaso de mi pueblo, entretenía ahora mis días en la vanidad de verme en un espejo para obtener la aprobación de aquella exigente familia?

Ignoraba esa parte del contrato cuando en aquella fiesta me le acerqué. Ignoraba algunas cláusulas cuando dos días luego la llamé y, peor aún, nunca tuve bien claro los términos cuando, un mes más tarde, la convertí en mi novia.

Aquella niña rica del Country Club caraqueño olía a durazno y sus ojos marrones eran un paraíso sin precio monetario, salvo para su padre, quien vanamente trataba de comprar su felicidad mediante joyas y costosos regalos.

Quizá por eso haya sido que encontró en mí tantas sonrisas y besos, pues al buscar mis bolsillos, aceptables para la ocasión, encontró sentimientos en abundancia.

Cuando me pellizcan, me duele; cuando me molesto, grito; cuando golpean mi corazón, lloro y cuando me gusta un chiste, me río. Allí Ella entendió en mis caricias el significado de ser humano; más aún, cuando entre tantos libros que en su casa servían de nicho para arañas damnificadas, encontró en mí el poder de la palabra.

Así iba todo, entre besos, sonrisas, abrazos y caricias el amor se cultivó en el desván de nuestro corazón. Pero había un problema, un pequeño problema.

Aquella niña rica estaba dispuesta a dar todo por mí, salvo dejar retazos de la comodidad de su lujosa mansión o pasar horas en una sala de cine o teatro que exhibiera las más reconocidas obras europeas o latinoamericanas, qué va... era mejor ver siempre la misma película, cuyos diálogos llegué a aprender de memoria, sobre el chico malo que se enamora de la chica buena y tras un tira y encoje su relación acababa hundida en el fracaso.

Nunca puse mayores peros, nunca negué a ninguna de sus amigas o siquiera le reclamé la exclusión de mi fiel primo de la lista de invitados de su fiesta de cumpleaños. Hasta recuerdo encontrar entre las sábanas llamadas perdidas de mis amistades, aquellas quienes ya me recordaban por haberme hecho pasar al olvido.

Hoy, tras mucho tiempo, regresé a mi casa, pero algo era extraño. Palpé mi mandíbula y era diferente, mi barba ya no estaba; mis ojos tenían otro tono y mi corte de cabello era disímil. Hoy, prendí la TV y noté el cambio de horario de mis series favoritas, mientras que el Internet me decía a cuantos festivales de cine había faltado.

Pero todo eso me lo esperaba; digo, era obvio, lo sabía, me lo imaginaba. Lo que hizo frenar mi corazón fue el darme cuenta de que la industria del libro había cambiado y bien me lo hizo saber sus ojos perdidos en la mezquindad del abandono.

Siempre había estado conmigo y yo, la había olvidado; al encenderla, y sentir el éxtasis entre el rozar de mis dedos con su piel, me reclamó el tiempo que estuve sin provocarle orgasmos, me incitó a marcharme, a no regresar, y me insinuó infidelidades, mientras se quejaba de tener un software arcaico y la pantalla deteriorada; su sistema estaba casi discontinuado.

Mi teléfono suena otra vez, es Ella, mi niña rica, invitándome a tomar un cóctel; le digo que sentada en nuestro café, allí en nuestra mesa, espere con orgullo a su pareja, al hombre de quien se enamoró. Han pasado veinte años desde aquello, nos casamos y Ella sigue allí sentada esperando.

*Lizandro Sanuel*

*Caracas-Venezuela-1993*

*Escritor con predilección por la narrativa.*

*Finalista del premio*

*"Biblioteca FIMBA 2013"*





# Margarita o el poder de la farmacopea

No recuerdo por qué mi hijo me reprochó en cierta ocasión:

-A vos todo te sale bien.

El muchacho vivía en casa, con su mujer y cuatro niños, el mayor de once años, la menor, Margarita, de dos. Porque las palabras aquellas traslucían resentimiento, quedé preocupado. De vez en cuando conversaba del asunto con mi nuera. Le decía:

-No me negarás que en todo triunfo hay algo repelente.

-El triunfo es el resultado natural de un trabajo bien hecho -contestaba.

-Siempre lleva mezclada alguna vanidad, alguna vulgaridad.

-No el triunfo -me interrumpía- sino el deseo de triunfar. Condenar el triunfo me parece un exceso de romanticismo, conveniente sin duda para los chambones.

A pesar de su inteligencia, mi nuera no lograba convencerme. En busca de culpas examiné retrospectivamente mi vida, que ha transcurrido entre libros de química y en un laboratorio de productos farmacéuticos. Mis triunfos, si los hubo, son quizá auténticos, pero no espectaculares. En lo que podría llamarse mi carrera de honores, he llegado a jefe de laboratorio. Tengo casa propia y un buen pasar. Es verdad que algunas fórmulas mías originaron bálsamos, pomadas y tinturas que exhiben los anaqueles de todas las farmacias de nuestro vasto país y que según afirman por ahí alivian a no pocos enfermos. Yo me he permitido dudar, porque la relación entre el específico y la enfermedad me parece bastante misteriosa. Sin embargo, cuando entreví la fórmula de mi tónico Hierro Plus, tuve la ansiedad y la certeza del triunfo y empecé a botaratear jactanciosamente, a decir que en farmacopea y en medicina, óiganme bien, como lo atestiguan las páginas de "Caras y Caretas", la gente consumía infinidad de tónicos y reconstituyentes, hasta que un día llegaron las vitaminas y barrieron con ellos, como si fueran embelecados. El resultado está a la vista. Se desacreditaron las vitaminas, lo que era inevitable, y en vano recurre el mundo hoy a la farmacia para mitigar su debilidad y su cansancio.

Cuesta creerlo, pero mi nuera se preocupaba por la inapetencia de su hija menor. En efecto, la pobre Margarita, de pelo dorado y ojos azules, lánguida, pálida, juiciosa, parecía una estampa del siglo XIX, la típica niña que según una tradición o superstición está destinada a reunirse muy temprano con los ángeles.

Mi nunca negada habilidad de cocinero de remedios, acuciada por el ansia de ver restablecida a la nieta, funcionó rápidamente e inventé el tónico ya mencionado. Su eficacia es prodigiosa. Cuatro cucharadas diarias bastaron para transformar, en pocas semanas, a Margarita, que ahora reboza de buen color, ha crecido, se ha ensanchado y manifiesta una voracidad satisfactoria, casi diría inquietante. Con determinación y firmeza busca la comida y, si alguien se la niega, arremete con enojo. Hoy por la mañana, a la hora del desayuno, en el comedor de diario, me esperaba un espectáculo que no olvidaré así nomás. En el centro de la mesa estaba sentada la niña, con una medialuna en cada mano. Creí notar en sus mejillas de muñeca rubia una coloración demasiado roja. Estaba embadurnada de dulce y de sangre. Los restos de la familia reposaban unos contra otros con las cabezas juntas, en un rincón del cuarto. Mi hijo, todavía con vida, encontró fuerzas para pronunciar sus últimas palabras.

-Margarita no tiene la culpa.

Las dijo en ese tono de reproche que habitualmente empleaba conmigo.

*Adolfo Bioy Casares*  
Buenos Aires - Argentina (1914-1999)

*Cuento de 1983.  
No formó parte de libros  
del autor hasta su  
publicación en antologías  
posteriores.*





# La chica de ayer

**A**yer recibí una llamada,  
una llamada con voz de mujer,  
era solo por cuestión de trabajo,  
pero aun así, me encandiló su voz,  
parecía ser una de aquellas Musas,  
que nos solían visitar para dar inspiración.  
Qué tiempos aquellos, en los cuales  
mandara el corazón, y cómo me gustaría  
que fuerais vos mi inspiración.  
Si un día como Musa, quisierais ser de mí,  
sería el hombre más feliz.

Nunca la he visto, y casi seguro que no la veré,  
pero ya me la imagino, con ese cuerpo de mujer,  
de ojos grandes y claros, sus labios rojos carmín,  
su rostro todo soleado, con una sonrisa sin fin,  
en su cuerpo, todo perfecto es, sus elegantes manos  
y sus largas piernas, junto a sus delicados pies,  
dejan entreverse a una hermosa mujer.

Tal vez mi imaginación no fuera,  
tan precisa como debiera ser,  
no importaría, pues lo que sí estoy seguro,  
es que su nombre me suena a miel,  
esa miel que con tanto esmero,  
nos hacen para nuestro agrado,  
igual que a ella la hicieron  
de un amor sacramentado.  
Nagore, ese es tu nombre  
el nombre que a naturaleza suena,  
pues eres tan original como ella,  
mas si por mí fuera. . . yo te haría  
la Diosa de esta, pues vos al igual que ella,  
nunca dejareis que os digan  
¿cómo, cuándo o por qué tuvieras?  
que hacer una cosa, que no quisieras.

Espero volver a encontraros  
aunque por teléfono fuera,  
pues. . . ¿cómo podría olvidaros?  
si a vos os tengo como, mi Musa eterna.

*Dedicado a "Nagore"*

*Don Sitrema*

Vitoria-Gasteiz  
Euskadi-1957

*Pensionista dedicado a  
huertos ecológicos y  
adiestramiento canino.  
Escritor, pintor y dibujante.*



# Caída

He caído en el vacío.  
En un abismo interminable  
y de una agonía dable  
de todo sufrimiento.

Me desplomo  
cual pesado plomo  
que no encuentra  
el lecho marino.

Me sentía seguro.  
Me creía en firme suelo  
y no percibía el duelo  
que en mí se cernía.

No lo temía.  
Por qué habría de temer  
cuando tú me mostrabas  
tener... pasión por mí.

Me arrojaste al vacío.  
Pero junto conmigo  
caen tus entregas...  
tus besos... tu adiós.

*Apache Beltrand*

México D.F. - 1956

*Escritor, periodista y  
Licenciado en Derecho*





*Julietta**Triggiano, agosto de 1996.*

Julietta descansaba apaciblemente en el pequeño balcón de su casa. Sentada con los codos en el apoyabrazos de un viejo sillón, en una mano descansaba su barbilla y en la otra sostenía un pañuelo cubriéndose la boca y la nariz. Cada día empeoraba su respiración, tenía crisis de tos casi todo el tiempo. Fumó toda su vida. Ahora ya vieja, el enfisema pulmonar no le permitía dar más que algunos pasos, obligándola a detenerse para recuperar el aliento. Miraba a la distancia. Más allá de los extensos sembradíos de olivos se divisa el Adriático, con sus cruceros llegando y saliendo de Bari. Su casa se encontraba a las afueras de Triggiano, era una de esas viviendas de campo construida hacía ya más de cincuenta años o quizá setenta. Con una planta baja donde había una cocina espaciosa, comedor, recibo y una planta alta con los dormitorios. Cerró los ojos y voló en sus pensamientos a los prostíbulos que existían cerca del antiguo casco central de Maracaibo. Todo fue derrumbado. En la actualidad, según había escuchado, hay numerosos centros comerciales y el terminal de pasajeros. Hacía casi cuarenta años que había dejado su país. Allá quedó la mitad de una vida y cuatro de sus hijos mayores. Se trajo con ella sólo las dos hijas menores, las del italiano. En ese momento un ataque de tos interrumpió de nuevo sus pensamientos.

Julietta era de piel negra, el pelo ya canoso y ensortijado; un poco pasada de peso. Había nacido en Ceuta del estado Zulia y a los quince años llegó en una piragua al malecón de Maracaibo. A los treinta largos se vino a Italia con un hombre que la rescató de un prostíbulo. Ahora ya ni salía de su casa. Sus hijas vivían en Bari y la casa, debido a sus pulmones, la llevaba su marido. Sintió nostalgia por los hijos dejados hacía tanto tiempo. En el burdel conoció a los padres de sus hijos mayores. Allí también conoció a su marido actual. Nunca más regresó.

— ¿Qué sería de la vida de las otras mujeres que trabajaron conmigo? Muchas habrán muerto,—se dijo— esa vida mata rápido, los trasnoches y la enfermedades no son buena compañía. Cada una de ellas tendrá una historia fantástica, perturbadora que contar, ¡qué desperdicio!

Abrió los ojos y vio a su marido trabajando en el jardín. También le habían caído los años. Cerró los ojos nuevamente y recordó el día en que el italiano llegó al prostíbulo buscando una puta negra. Julietta era muy joven, bella y de primorosa figura. Le pagó y se acostó con ella. Descubrió que era una mujer dulce, melosa, que hacía bien su trabajo. Regresó a los pocos días, y luego otra vez y otra vez. Se enamoró de ella. Un día le propuso que se casaran. Testigos de la boda fueron dos compañeras de trabajo. A los cuatro años el italiano vendió su negocio en Maracaibo y se vinieron a Triggiano. Ese hombre, que ahora es su marido, el día que le propuso matrimonio también exigió que sus hijos no vinieran a vivir con ellos, quizá para romper con todo su pasado. Crecieron con los abuelos en medio de mucha miseria, pero eso es otra historia. Ella misma se acostumbró a no verlos, a no saber nada de sus vidas. Crecieron con miles de kilómetros interponiéndose entre ellos. Se acostumbraron también a no verla.

Abrió sus ojos y vio en la distancia un barco que salía del puerto de Bari. Recién llegados de Venezuela su marido la llevó en un crucero a Grecia. La gente los miraba a hurtadillas porque en esa época no era común que un blanco se casara con una negra. Cerró sus ojos, sus



pensamientos volaron de nuevo al pasado lejano, sonriente recordó la noche en el prostíbulo cuando un cliente se negó a pagarle su trabajo, se disponía a largarse, desde la distancia le lanzó una botella de cerveza, en cámara lenta vio volar la botella sobre las mesas del bar y acertar con meridiana precisión en la cabeza del que huía. La botella rebotó en el aire para finalmente hacerse añicos al caer al piso. El sangrante cliente resultó ser policía. Esa noche allanaron el lupanar. Durmieron todas las putas en la prefectura. Aquellos días en el prostíbulo fueron duros. Lo mejor, desde el punto de vista de negocio, de aquellos remotos tiempos eran los viernes y los sábados. Se podría tener diez o más hombres. Lo peor era que casi todos estaban borrachos. Las gonorreas y las ladillas era el pan de cada día. A las que caíamos enfermas no nos dejaban trabajar por una semana. Eso también era muy malo. ¿Cómo mantienes entonces a tu familia? No podías comprar alimentos para tus niños, ni pagar renta. La que caía enferma se jodía. Había entonces cierta solidaridad entre las mujeres y eso era lo bueno. Se sufría con las desgracias de las otras compañeras en problema. Durante el día nos ayudábamos con el cuidado de los niños, casi todas vivían muy cerca del prostíbulo donde generalmente las abuelas estaban encargadas del cuidado por las noches. Una que otra de ellas en su juventud también ejerció en su momento el antiguo oficio. Pero, no todo era color de rosas; más frecuente de lo que uno deseara explotaban riñas entre las mujeres, usualmente por hurto o por celos. Porque no existe ser en el mundo que se enamore más rápido y con más intensidad que las prostitutas. Viven en un mundo de soledad, el hombre se sirve, paga y desaparece. Mundo de pobreza, amores y desengaños. Julieta descubrió temprano que los hombres así llegan y así partían, generalmente dejándolas con un muchacho en la barriga. Hay que practicarse un aborto. Si se retrasaba la menstruación comenzaba el calvario, cuantas porquerías habría que tomar o inyectarse para salir de ese embarazo, o someterse a curetajes hechos por comadronas o medicuchos inescrupulosos e inexpertos, como el caso de aquella muchacha de diecinueve años que vino de Trujillo y murió desangrada en una cama inmunda del prostíbulo.

Abrió sus ojos y Julieta vio que la tarde estaba bonita. Cerró sus ojos y de nuevo vio a su marido fuerte y joven. Recordó que ella también se enamoró de él, pero más poco a poco. Tuvo miedo, pensó que él también se iría. Pero no, este hombre se quedó y tanto llegó a amarla que todavía vive con ella.

De nuevo abrió sus ojos y vio que la campiña era bella.

Se levantó del viejo sillón y lentamente bajó las escaleras. Se sentó en su silla de ruedas y salió al patio en busca de su marido.

—Llévame al puerto de Bari, necesito pasear en Lungo Mare y soñar allí que estoy en el malecón de Maracaibo. Quiero ver de nuevo aunque sea en mis recuerdos aquel día que, temerosa por mi futuro, llegué en piragua de Ceuta.

*David Hernández R.*  
Maracaibo - Venezuela - 1951

*Profesional de la medicina  
(Neurocirujano) y  
escritor de cuentos y novela*





## Epitafio

Tres en raya. Tres al hilo.

Desde un trampolín saltan las ideas de mi mente  
para posarse en las curvas de mi interés  
por aquellas rosas de diamante maduras  
que abarcan toda la locura  
del verde de los prados  
y las ventanas cristalinas  
de las almas que engalanan  
el centro de la azulada laguna.

Mi corazón se llena de increíble dicha,  
de solo verte posar los ojos  
sobre pensamientos libres  
en el aire de la naranja,  
pero sólo un adiós para volar,  
un soplo divino para desaparecer  
como la Catrina detrás de tus oídos.

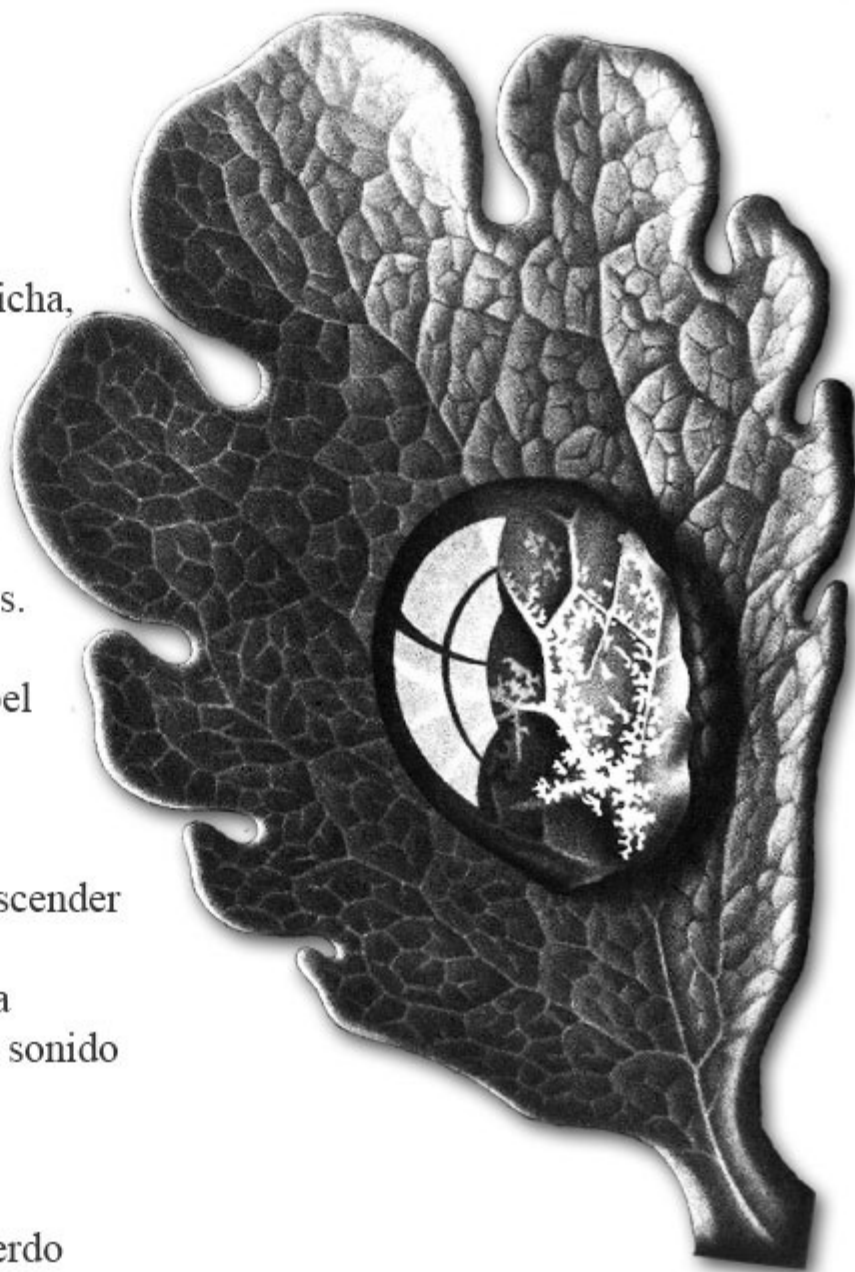
He visto llegar las palomas de papel  
mas no tu deseo envuelto  
ni tus lágrimas selladas en la carta.

Y desde lejos vi la estrella de tus labios descender  
postrados sobre los míos,  
memorias de fotografía de los años ochenta  
de cuando añoraba el sublime sonido  
de tu piel con la mía,  
en lozanos e intensos alaridos.

Esos tiempos que bordean el recuerdo  
volverán en algún momento  
pensando en tu sabiduría y alegría  
contagante e irreverente,  
himno del existir, un canto triste  
un verso cautivante, tu cuerpo danzante.

He visto llegar la caja  
aquella que guarda tus sombras  
y tu esencia...

con la Llorona detrás de los oídos  
quien selló mi boca con tu silencio póstumo.



Ávaro Torres-Calderón

Lima - Perú - 1975

Doctor en Literatura Latinoamericana.

Máster en Lenguas Romance.

Profesor asociado del  
Departamento de Español  
en University of North  
Georgia (USA)

Poeta, ensayista, actor,  
músico y pintor





# La mala señal (obra teatral en 3 actos)

**E**

*cuadro Único: El escenario se divide en dos partes. Por la izquierda, un estudio de locución radial; y, por la derecha, una sala de estar con un sillón, una mesita de café, un teléfono de línea y una radio.*

## Personajes:

Catalina (locutora)

Julio (esposo)

Mónica (esposa)

Carlos (hijo de Julio y Mónica)

Camila (novia de Carlos)

## Acto 1

*CATALINA SE HALLA SENTADA EN EL ESTUDIO DE LA RADIO, A OSCURAS. JULIO ENTRA A LA SALA DE ESTAR, SE SIENTA EN EL SILLÓN Y ENCIENDE LA RADIO, INSTANTE EN QUE SE ENCIENDE LA LUZ EN EL ESTUDIO Y SE OYE MÚSICA DE JAZZ SUAVE (EL TEMA "SHOULD I STAY OR SHOULD I GO"). CATALINA SE PONE LOS AURICULARES.*

**Catalina:** Buenas noches, amigos. Empezamos nuestro programa de hoy, "Noches Tranquilas"; para brindarles la mejor música y, como todas las noches, recibiremos llamados de quienes nos quieran contar sus experiencias, algún recuerdo o alguna situación actual por la cual están pasando. El tema de hoy será "Depresiones"; y quisiera que me llamen para charlar. Vamos a escuchar el primer llamado.

*CESA LA MÚSICA. JULIO TOMA EL TUBO DEL TELÉFONO Y LLAMA A LA RADIO. CATALINA ATIENDE TOCANDO UN BOTÓN EN LOS CONTROLES.*

**Catalina:** Hola, buenas noches y bienvenido al programa "Noches Tranquilas". ¿Cómo te llamás?

**Julio:** Hola, me llamo Julio.

**Catalina:** ¿Cómo te va Julio? Gracias por llamar. Vos sabés que el tema de esta noche es la depresión. ¿Nos querés contar algo?

**Julio:** Sí. La verdad que me viene al pelo, porque necesitaba charlar con alguien.

**Catalina:** Bueno, acá te vamos a escuchar.

**Julio:** (GIMOTEANDO) ¡Gracias! (SE SECA UNA LÁGRIMA)

**Julio:** Es mi familia. Hago todo lo que puedo, pero no les importa, no les importa...

**Catalina:** ¿Querés decir que no valoran tu esfuerzo?

**Julio:** ¡Claro, claro! ¡Me mato laburando, y todo para que estén bien! ¿Y te crees que me lo agradecen? ¡Toda mi familia me odia! (LLORA)

**Catalina:** Bueno, calma... Calma... A veces tenemos que aguantar las cosas feas que nos da la vida.

**Julio:** ¡Pero a veces es mucho, mucho para aguantar! Creo que no me entienden.

**Catalina:** A ver, contame... ¿Por qué crees que no entienden cuánto te esforzás por ellos?

**Julio:** ¡Me lo demuestran! ¡Es obvio que no me entienden! Mi mujer, sobre todo...

**Catalina:** ¿Peleaste con tu mujer?



**Julio:** ¡Ella me pelea! Yo llego tranquilo, con ganas de comer y dormir... ¿Vos crees que me prepara algo? Me la paso comiendo afuera. ¡Estoy harto de las pizzas!

**Catalina:** ¡Ay, a mí me encantan! Sobre todo la napolitana y la cuatro quesos.

**Julio:** Sí, bueno. Pero yo quisiera un buen puchero o un buen guiso cada tanto... Pero ella me dice “¿Qué? ¿No comiste en tu trabajo?”

**Catalina:** Así que no te cocina tu mujer. ¿Vos sabes cocinar? Ah, no. ¿Me decías que comés afuera?

**Julio:** Sí, sí... Hay una pizzería a medio camino... Y yo me tengo que conformar, si sé que en casa no me van a atender...

**Catalina:** ¿Y te atienden bien ahí?

**Julio:** ¡Y, sí...! Digo... Sí, atienden bien.

**Catalina:** ¡Así que comés afuera en un lugar adonde te atienden bien! ¿Y estás seguro de que tu mujer no te cocina porque no te valora?

**Julio:** ¿Cómo? ¡Claro que estoy seguro!

**Catalina:** ¿Y no será al revés? ¿Qué ella no te cocina por celos de lo bien que te atienden fuera de casa?

**Julio:** ¿Me estás diciendo que es mi culpa?

**Catalina:** Solo digo... ¿Estás seguro de que no es así? Escuchemos un tema...

*CATALINA PONE MÚSICA SUAVE. JULIO CORTA EL TELÉFONO Y SE LEVANTA. ENTRA MÓNICA, VESTIDA CON EQUIPO DE GIMNASIA Y CON UNA CARTERA.*

**Julio:** (AÚN SIN VER A SU ESPOSA) ¡Qué hija de...! ¡No sé para qué la llamé!

**Mónica:** ¿A quién llamaste?

**Julio:** (SORPRENDIDO) ¡A nadie! ¿A quién voy a llamar?

**Mónica:** ¡¿A quién llamaste?!

**Julio:** ¡A nadie! ¡A la radio!

*JULIO APAGA LA RADIO, CESANDO LA MÚSICA Y APAGÁNDOSE LA LUZ EN EL ESTUDIO DE CATALINA. JULIO SALE DE ESCENA.*

**Mónica:** ¡¿Vos te pensás que soy estúpida?! ¡Julio, Julio, te estoy hablando! ¡Julio!

*MÓNICA TIRA LA CARTERA AL SUELO Y SE SIENTA EN EL SILLÓN, LARGÁNDOSE A LLORAR Y AGARRÁNDOSE LA CABEZA. LUEGO ENCIENDE LA RADIO, CON LO QUE SE ILUMINA EL ESTUDIO Y SE OYE TERMINAR EL TEMA QUE HABÍA EMPEZADO A SONAR ANTES.*

**Catalina:** Y así termina “Hotel California” y seguimos atendiendo llamados telefónicos. Hace un rato nos llamó un señor que nos contaba que, como su mujer, digamos, (DICE LO SIGUIENTE CON INTENCIÓN) no lo “atiende”, él anda “comiendo fuera de casa”... Tal parece que busca en otro lugar lo que no le dan en la casa... Aunque tenga que pagar.

**Catalina:** ¡Atorrante! Aunque bien podría ser Julio...

*MÓNICA LEVANTA EL TUBO DEL TELÉFONO Y LLAMA A CATALINA, DONDE CATALINA ATIENDE.*

**Catalina:** Buenas noches, bienvenidos al programa “Noches Tranquilas” ¿Cómo te llamás?

**Mónica:** Hola, soy Mónica. Yo te escucho siempre.

**Catalina:** ¡Qué bueno! ¡Una oyente fiel! ¡Así me gusta!

**Mónica:** Gracias. Ustedes me hacen compañía todo el día, excepto en el gimnasio. Ahí sintonizo la radio de rock...

**Catalina:** ¿Cómo? ¿Sintonizás otra radio? ¿Y puedo saber por qué? ¿No te gusta la música suave? Baja el volumen de tu radio que si no se acopla. ¿Sabés?



*MÓNICA BAJA EL VOLUMEN DE LA RADIO EN ESE MOMENTO SE ASOMA JULIO, DESDE UN ÁNGULO EN QUE MÓNICA NO LO PUEDE VER, Y SE QUEDA ESCUCHANDO.*

**Mónica:** ¡Y, no sé! ¡En general, me gusta lo suave! ¡Y a mi marido también!

**Catalina:** ¿A tu marido también le gusta suave? ¿Y por qué cambias si te gusta lo suave? ¿O es que te va lo rockero también?

**Mónica:** Lo que pasa es que así me va mejor; en el gimnasio... Por ahí es muy pesado, pero me hace mover más rápido y duro que lo suave...

*JULIO SE QUEDA BOQUABIERTO Y SE MUERDE UN PUÑO PARA NO GRITAR; Y LUEGO SALE CABIZBAJO, SIN SER NOTADO.*

**Catalina:** Bueno, te perdono porque sos sincera, nomás. ¿Querés un tema?

**Mónica:** Si, "Nothing Compares", por favor...

**Catalina:** Es tuyo...

*COMIENZA ESE TEMA.*

### FIN DEL ACTO 1

### ACTO 2

*SE HALLAN JULIO Y MÓNICA GRITÁNDOSE. LUEGO ENTRA CARLOS. LA LOCUTORA ESTA A OSCURAS Y LA RADIO APAGADA.*

**Julio:** ¡Al final sos una atorranta! ¡Me hacés celos porque llamé a la radio...!

**Mónica:** ¡¿A la radio?! ¡Dejate de joder! ¡¿Te crees que soy estúpida?! ¡¿Encima te histeriquea la loca esa?!

**Julio:** ¡¿Qué te haces la celosa?! ¡Si andás con ese gordo del gimnasio! ¡Te gustan rellenitos ahora! ¿No?

**Mónica:** ¿Qué? ¿Qué decís? ¡No sé de qué me estás hablando! ¡¿Te volviste loco?!

**Julio:** ¡No te hagas la boluda!

*ENTRA CARLOS, SORPRENDIDO.*

**Carlos:** ¡¿Qué pasó?! ¿Escuché mal? ¡¿Se están cagando entre ustedes?!

*AL UNÍSONO, JULIO Y MÓNICA SE SEÑALAN Y GRITAN LO SIGUIENTE.*

**Julio y Mónica:** ¡Preguntale, preguntale!

*ACTO SEGUIDO, MÓNICA Y JULIO SALEN ENOJADOS. CARLOS SE AGARRA LA CABEZA, SIN PODER CREERLO, NEGANDO CON LA CABEZA, Y SE SIENTA. ENCIENDE LA RADIO Y SE ILUMINA EL ESTUDIO.*

**Catalina:** Y esa fue María Marta Serra Lima cantando "A mi manera". Si aún hay alguien despierto que quiera contarnos algo deprimente que les haya pasado o que les esté pasando en este momento, aquí estamos para escucharlos.

*CARLOS TOMA EL TELÉFONO Y DISCA EL NÚMERO DE LA RADIO. DEL OTRO LADO, ATIENDE CATALINA.*

**Catalina:** Buenas noches a todos los trasnochados, bienvenidos a "Noches Tranquilas". ¿Cómo te llamás?

Carlos: Me llamo Carlos.

**Catalina:** Hola, Carlitos. ¿Tenés el volumen alto? ¿Podrías bajarlo un poco?

**Carlos:** (*BAJA EL VOLÚMEN DE LA RADIO*) Listo.

**Catalina:** Decime, Carlitos, ¿Qué es lo que te anda pasando? ¿Te sentís mal?



**Carlos:** Yo no, son mis viejos... Andan con muchos quilombos...

**Catalina:** ¿Se pelean mucho?

**Carlos:** Sí, pero eso es normal...

**Catalina:** No, Carlitos, no es normal que una pareja se pelee todo el tiempo. No es saludable. Imaginate que vos y yo tuviéramos una relación...

*EN ESE MOMENTO, CAMILA SE ASOMA, DESDE UN ÁNGULO EN QUE CARLOS NO LA VE.*

**Carlos:** ¿Una relación vos y yo?

*(CAMILA HABLA SIN SER ESCUCHADA.)*

**Camila:** ¿Con quién está hablando?

**Catalina:** ¿Qué sería normal: que nos peleáramos todo el tiempo o que saliéramos todo el tiempo?

**Carlos:** ¡Y! Que saliéramos todo el tiempo...

**Camila:** ¡Hijo de...!

**Catalina:** ¿Tenés novia?

**Carlos:** Sí, tengo novia. ¿Por qué?

**Camila:** ¿Cómo por qué?

**Catalina:** ¿Cómo te llevás con ella? ¿Igual que se llevan tus viejos?

**Carlos:** No, nada que ver. Está todo bien con ella. Te caería re bien.

**Camila:** ¡Yo no soy de hacer cosas de a tres!

*(EN ESE MOMENTO, CAMILA SE VA DE ESCENA POR DONDE SE ASOMÓ Y APARECE EN EL ESTUDIO, DONDE COMIENZA UNA PELEA CON LA LOCUTORA, MIENTRAS CARLOS ESCUCHA TODO POR EL TELÉFONO. FINALMENTE, ÉL CORTA EL TELÉFONO Y APAGA LA RADIO, QUEDANDO EL ESTUDIO DE RADIO A OSCURAS.)*

## FIN DEL ACTO 2

### ACTO 3

*LA FAMILIA SE HALLA SENTADA EN EL LIVING, EL PADRE EN EL SILLÓN Y LOS DEMÁS (LA MADRE Y SU HIJO) EN SILLAS. SE MIRAN LOS UNOS A LOS OTROS CON CARA DE RESENTIMIENTO. CAMILA SE HALLA EN EL ESTUDIO, VIGILÁNDOLA A LA LOCUTORA MIENTRAS ÉSTA CONDUCE EL PROGRAMA.*

*LA LOCUTORA SE VE MUY MALTRATADA, DESPEINADA, CON MORETONES, Y TRATA DE ARREGLAR EL LÍO QUE ARMÓ EN LA CASA DE LA FAMILIA. CAMILA LE HACE UNA SEÑA CON LA MANO LEVANTADA, COMO AMENAZA.*

**Catalina:** ¡Bueno, está bien! Buenas noches, quisiera charlar con nuestros radioescuchas, y contarles un par de cositas que nos pasaron. Aparentemente, hubo una pequeñísima confusión en nuestro programa de ayer. Una radioescucha me comentaba durante la pausa que hubo un pequeñísimo malentendido por culpa de la señal de radio...

*CAMILA LE PEGA EN LA CABEZA A LA LOCUTORA.*

**Catalina:** ¡Ay! ¡Bueno, por culpa mía! ¡Hubo una enorme confusión que les quiero aclarar...!

*Victor G. Pardo*

*Lomas de Zamora - Argentina  
1984*

*Guionista y escritor  
de cuento y poesía*





# El cuento del niño malo

**H**abía una vez un niño malo cuyo nombre era Jim. Si uno es observador advertirá que en los libros de cuentos ejemplares que se leen en clase de religión los niños malos casi siempre se llaman James. Era extraño que este se llamara Jim, pero qué le vamos a hacer si así era.

Otra cosa peculiar era que su madre no estuviese enferma, que no tuviese una madre piadosa y tísica que habría preferido yacer en su tumba y descansar por fin, de no ser por el gran amor que le profesaba a su hijo, y por el temor de que, una vez se hubiese marchado, el mundo sería duro y frío con él.

La mayor parte de los niños malos de los libros de religión se llaman James, y tienen la mamá enferma, y les enseñan a rezar antes de acostarse, y los arrullan con su voz dulce y lastimera para que se duerman; luego les dan el beso de las buenas noches y se arrodillan al pie de la cabecera a sollozar. Pero en el caso de este muchacho las cosas eran diferentes: se llamaba Jim y su mamá no estaba enferma ni tenía tuberculosis ni nada por el estilo.

Al contrario, la mujer era fuerte y muy poco religiosa; es más, no se preocupaba por Jim. Decía que si se partía la nuca no se perdería gran cosa. Solo conseguía acostarlo a punta de cachetadas y jamás le daba el beso de las buenas noches; antes bien, al salir de su alcoba le jalaba las orejas.

Este niño malo se robó una vez las llaves de la despensa, se metió a hurtadillas en ella, se comió la mermelada y llenó el frasco de breva para que su madre no se diera cuenta de lo que había hecho; pero acto seguido... no se sintió mal ni oyó una vocecilla susurrarle al oído: “¿Te parece bien hacerle eso a tu madre? ¿No es acaso pecado? ¿Adónde van los niños malos que se engullen la mermelada de su santa madre?”, ni tampoco, ahí solito, se hincó de rodillas y prometió no volver a hacer fechorías, ni se levantó, con el corazón liviano, pletórico de dicha, ni fue a contarle a su madre cuanto había hecho y a pedirle perdón, ni recibió su bendición acompañada de lágrimas de orgullo y de gratitud en los ojos. No; este tipo de cosas les sucede a los niños malos de los libros; pero a Jim le pasó algo muy diferente: se devoró la mermelada, y dijo, con su modo de expresarse, tan pérfido y vulgar, que estaba “deliciosa”; metió la breva, y dijo que esta también estaría deliciosa, y muerto de la risa pensó que cuando la vieja se levantara y descubriera su artimaña, iba a llorar de la rabia. Y cuando, en efecto, la descubrió, aunque se hizo el que nada sabía, ella le pegó tremendos correazos, y fue él quien lloró.

Una vez se encaramó a un árbol de manzana del granjero Acorn para robar manzanas, y la rama no se quebró, ni se cayó él, ni se quebró el brazo, ni el enorme perro del granjero le destrozó la ropa, ni languideció en su lecho de enfermo durante varias semanas, ni se arrepintió, ni se volvió bueno. Oh, no; robó todas las manzanas que quiso y descendió sano y salvo; se quedó esperando al cachorro, y cuando este lo atacó, le pegó un ladrillazo. Qué raro... nada así acontece en esos libros sentimentales, de lomos jaspeados e ilustraciones de hombres en levitas, sombrero de copa y pantalones muy cortos, y de mujeres con vestidos que tienen la cintura debajo de los brazos y que no se ponen aros en el miriñaque. Nada parecido a lo que sucede en los libros de las clases de religión.

Una vez le robó el cortaplumas al profesor, y temiendo ser descubierto y castigado, se lo metió en la gorra a George Wilson... el pobre hijo de la viuda Wilson, el niño sanote, el niño bueno del pueblo, el que siempre obedecía a su madre, el que jamás decía una mentira, al que



le encantaba estudiar y le fascinaban las clases de religión de los domingos. Y cuando se le cayó la navaja de la gorra, y el pobre George agachó la cabeza y se sonrojó, como sintiéndose culpable, y el maestro ofendido lo acusó del robo, y ya iba a dejar caer la vara de castigo sobre sus hombros temblorosos, no apareció de pronto un juez de paz de peluca blanca, para pasmo de todos, que dijera indignado:

-No castigue usted a este noble muchacho... ¡Aquel es el solapado culpable!: pasaba yo junto a la puerta del colegio en el recreo, y aunque nadie me vio, yo sí fui testigo del robo.

Y, así, a Jim no lo reprendieron, ni el venerable juez les leyó un sermón a los compungidos colegiales, ni se llevó a George de la mano y dijo que tal muchacho merecía un premio, ni le pidió después que se fuera a vivir con él para que le barriera el despacho, le encendiera el fuego, hiciera sus recados, picara leña, estudiara leyes, le ayudara a su esposa con las labores hogareñas, empleara el resto del tiempo jugando, se ganara cuarenta centavos mensuales y fuera feliz. No; en los libros habría sucedido así, pero eso no le pasó a Jim. Ningún entrometido vejete de juez pasó ni armó un lío, de manera que George, el niño modelo, recibió su buena zurra y Jim se regocijó porque, como bien lo saben ustedes, detestaba a los muchachos sanos, y decía que este era un imbécil. Tal era el grosero lenguaje de este muchacho malo y negligente.

Pero lo más extraño que le sucediera jamás a Jim fue que un domingo salió en un bote y no se ahogó; y otra vez, atrapado en una tormenta cuando pescaba, también en domingo, no le cayó un rayo. Vaya, vaya; podría uno ponerse a buscar en todos los libros de moral, desde este momento hasta las próximas Navidades, y jamás hallaría algo así. Oh, no; descubriría que indefectiblemente cuanto muchacho malo sale a pasear en bote un domingo se ahoga: y a cuantos los atrapa una tempestad cuando pescan los domingos infaliblemente les cae un rayo. Los botes que llevan muchachos malos siempre se vuelcan en domingo, y siempre hay tormentas cuando los muchachos malos salen a pescar en sábado. No logro comprender cómo diablos se escapó este Jim. ¿Será que estaba hechizado? Sí... esa debe ser la razón.

La vida de Jim era encantadora, así de sencillo. Nada le hacía daño. Llegó al extremo de darle un taco de tabaco al elefante del zoológico y este no le tumbó la cabeza con la trompa. En la despensa buscó esencia de hierbabuena, y no se equivocó ni se tomó el ácido muriático. Robó el arma de su padre y salió a cazar el sábado, y no se voló tres o cuatro dedos. Se enojó y le pegó un puñetazo a su hermanita en la sien, y ella no quedó enferma, ni sufriendo durante muchos y muy largos días de verano, ni murió con tiernas palabras de perdón en los labios, que redoblaran la angustia del corazón roto del niño. Oh, no; la niña recuperó su salud.

Al cabo del tiempo, Jim escapó y se hizo a la mar, y al volver no se encontró solo y triste en este mundo porque todos sus seres amados reposaran ya en el cementerio, y el hogar de su juventud estuviera en decadencia, cubierto de hiedra y todo destartalado. Oh, no; volvió a casa borracho como una cuba y lo primero que le tocó hacer fue presentarse a la comisaría.

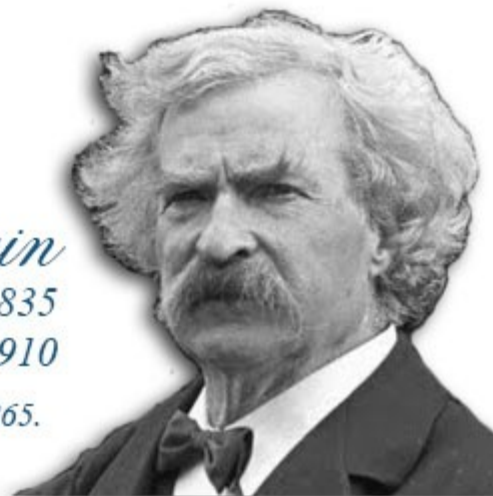
Con el paso del tiempo se hizo mayor y se casó, tuvo una familia numerosa; una noche los mató a todos con un hacha, y se volvió rico a punta de estafas y fraudes. Hoy en día es el canalla más pérfido de su pueblo natal, es universalmente respetado y es miembro del Concejo Municipal. Fácil es ver que en los libros de religión jamás hubo un James malo con tan buena estrella como la de este pecador de Jim con su vida encantadora.

*Mark Twain*

Misuri-USA-1835

Connecticut-USA-1910

Relato publicado en 1865.





# La cosa

**E**n el pueblo todos sabemos cómo viene la cosa.

Vivimos en un lugar que no permite forasteros, somos todos cuidadosos de posibles visitantes.

Cuando ocurre lo inevitable ante lo espléndido que el sitio ofrece, son expulsados con la prisa que el hecho requiere.

Ninguna persona extraña permanece más de dos días en nuestro paraíso terrenal, construido con el sacrificio de sus nativos.

Las reglas y leyes se cumplen a rajatabla.

¡Así es! Todos sabemos como viene la cosa.

La cosa está presente en nuestra vida, como supo estarlo en la vida de nuestros ancestros.

Se instaló casi sin pedir permiso. Digo casi porque lo que se ha transmitido de generación en generación es que un grupo generoso de trabajadores, cansado de protestar por sus bajos ingresos, sabiendo la injusticia de los mismos, ambiciosos del dinero, con ansias de poder, en una oscura noche realizaron el pacto.

Prometieron silencio conjunto, aceptación, mutismo.

Lograron a partir de allí todas sus metas, aún sobrepasadas en riqueza, poder absoluto de un pueblo que aprendió a callar y disfrutar de los inmensos logros materiales.

Prosperidad, fraternidad, mucha vida, mucha muerte.

Trescientos años de crecimiento pleno, poco trabajo, poca dignidad.

Engaño masivo con cantos de protección divina.

Pretendieron estudiar el sistema económico de nuestro pueblo, pequeño, enorme.

Esos, no volvieron a su lugar de origen.

El gobierno que no acierta nada, acertó en el particular.

Nos llama “Pueblo maldito”

Lo dice por lo bajo, nos deja ser, no se mete.

Silencia por temor, se apropia a gritos de su buena gestión, nos usa como ejemplo.

Lo hemos observado, se sabe observado.

Calla y sonrío. Callamos y reímos.

Así fue en la historia. Así es en el presente.

Cada diez lunas nos visita la cosa.



Cada diez días un habitante deja de ser.

El habitante encontrado pasa por todas las pruebas de dolor que pueda soportar un humano.

Cuando es hallado muerto, la persona que lo avistó vive con esa imagen el resto de sus días.

Desde la falta de ojos, piel ajada en toda su extensión, la expresión de terror extremo en la mueca de su boca, reseca, endurecida.

Lo enterramos. El pueblo todo asiste a la despedida.

Callamos.

La cosa juega a las escondidas con todos nosotros, viejos, jóvenes, niños, bebés. Salimos con luna visible, o sin ella a la vista.

Correr y buscar el mejor escondite es el fin.

Muchos sabemos de su olor, su enorme tamaño, inhumano, monstruoso, aunque difiere de una persona a otra, todos coinciden en el horror de su especie.

He padecido varias veces tener su figura cerca mío, rezando no ser visto, transpirando, temblando, lleno de temor.

La cosa gime como un animal, mueve su enorme cuerpo en forma tosca. Gigante en su figura sombría, maligna.

Somos presos de su juego.

Sabemos reponernos rápido, luego del entierro volvemos a nuestra placentera vida.

La última luna le tocó a uno de mis hijos, tengo diez hijos. Aquí todos tenemos familias numerosas, es necesario para no dejar de jugar.

Somos personas malditas.

Vivimos en la abundancia, atrapados por la maldad.

Me enseñaron desde siempre que algún precio hay que pagar.

Ahora surge en mí una premisa.

El mundo todo atrapado está.

¿Cuántas vidas se marchitan en pos de la riqueza material?

Reflexiono que aquí la cosa se mueve con libertad.

Reflexiono que en el mundo lo hace con cautela, sólo para disimular.

No se crean bendecidos, pues también malditos están.

Si solo buscan dinero, la cosa, los encontrará.

*Lilian Lencinas*

*Buenos Aires - Argentina - 1963*

*Escritora de novela,  
cuento y dramaturga.  
Finalista del concurso  
literario "Ediciones  
mis Escritos" 2013*





# La herencia es lo de menos

La casa no estaba ni acabada de pintar ni en abandono; como tampoco era, ni muy nueva, ni muy antigua. Una de esas casas de suburbio, donde al entrar a la calle debes ir fijándote bien en la numeración, pues con escasas diferencias, prácticamente todas se ven iguales. Tenía, eso sí, un jardín muy cuidado, donde abundaban las plantas verdes, así como varios rosales que justamente estaban en flor, y algunas otras plantitas de ornamento. La entrada desde la calle era un poco empinada, y a una distancia prudente de la puerta principal, bueno, había solo una, además de la cochera, un gran pino que por su altura, ya debería tener algunos años; posiblemente los mismos que los moradores de la casa blanca llevaban allí viviendo. Alrededor de la raíz habían colocado algunas piedras de río, formando una decoración, entre las cuales asomaban con cierta timidez varias florecillas que parecían silvestres; como nacidas por su propia cuenta.

Al tocar el timbre no dejó de llamarle la atención el sonido... Como el de esas campanillas que suelen haber en las tiendas de los chinos, y que suenan vigorosamente cuando un cliente entra.

La señora que acudió al llamado ya tenía sus años, aunque se veía fuertemente plantada sobre sus pies -¿Señora Regina? Así es, y tú debes ser... Idolidia, -respondió la recién llegada-. Pasa por favor, mientras traigo la tetera... ¿porque tomas té, verdad? Claro, claro que sí; con mucho gusto.

La sala era sumamente clara, iluminada por un ventanal que no había apreciado debidamente cuando llegó a la casa. Sobre cada mesa, tanto la del centro como las laterales, primorosos pañitos tejidos a crochet. No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas, pues tanto a ella como a su madre, que en paz descansa, les encantaba tejer.

Frente al sillón principal, un mueble tipo librero con unos pocos libros, y en la cubierta, varias fotos de niños y algunos jóvenes, en hermosos portarretratos de plata.

Cuando estaba por tomar uno entre sus manos, entró la dama con una bandeja bien provista, no solo con la humeante tetera, las correspondientes tazas y el azúcar, sino además, un plato adicional con lo que parecía oler a galletas caseras.

-Son mis nietos, e incluso yo misma de jovencita, con una de mis hermanas- dijo mirándola.

-Disculpe mi curiosidad... ¿Aún están pequeños sus nietos?- agregó Idolidia.

-No, no... Sucede que hace años que no sé nada de ellos y por lo mismo, no tengo fotos recientes.

-¡Qué lástima! ¿Viven muy lejos?

-No, en esta misma ciudad pero estamos distanciados.

-Perdóneme, señora Regina, pero ¿vive usted sola?

-Sí, así es, lamentablemente fue por eso que puse el anuncio.

-¡Ah, por cierto! -respondió la joven extendiéndole una carpeta- aquí tiene mis referencias, para que las verifique si gusta. También está mi tarjeta personal con mi teléfono, para que pueda llamarme, si es que me elige para el trabajo.

-Pues ojalá así sea -dijo la señora- porque eres realmente muy agradable. ¿Qué te parece el té?

-¡Maravilloso! y no se diga las galletas... ¿las hizo usted?



-Sí, y cada vez que las hago, recuerdo como les encantaban a mis nietecitos...

En las primeras horas del día siguiente, Idolidia recibió la llamada de la dama, confirmándole que el trabajo era suyo. Ojalá puedas mudarte hoy mismo.

La señora Regina la instaló en una habitación de la planta alta.

-Por cierto, Idolidia, ¿no trajiste tu maleta?

-Si no le importa, la traigo mañana. Como me llamó tan pronto preferí venir así, con apenas un cambio. -Mirando a su alrededor agregó- ¡Señora, es una habitación enorme!

-Bueno, era la recámara principal. La usé mientras vivió mi esposo, pero como cada día se me hace más difícil subir las escaleras, preferí ocupar una de abajo.

-Pues gracias, señora, y además tiene baño.

Se cenaba temprano en esa casa, ya que doña. Regina no acostumbraba comer muy tarde. Una vez terminaron, Idolidia le preguntó- ¿té o café? Para mí un té, pero estás en libertad de tomar café, si lo prefieres, te espero en la salita.

La joven usaba el pelo de un color negro intenso, recogido en un moño más bien rígido, vistiéndose también de colores oscuros. Unos lentes ahumados no permitían ver sus ojos. Cuando servía, la señora Regina le preguntó:

-Idolidia, ¿no te vistes y te peinas demasiado serio? Eres aún muy joven. Además, esos lentes... ¿debes llevarlos siempre puestos?

-Lo que sucede es que tuve una infección reciente en los ojos y el médico me recomendó que no me los sacara para nada por varios días. En cuanto a la ropa, tiene razón; ya mi madre me lo decía frecuentemente.

-¿Y ella, donde vive?

-Ella falleció, señora.

-¡Cuánto lo siento! ¿Alguna enfermedad?

-No. Mi madre murió de tristeza. Aunque decían que estaba loca, yo sé que murió de tristeza.

-¿Y cómo fue? Bueno, si no te importa contarme. Total, de aquí no va a salir. Pero está bien, comenzaré por hablarte yo de lo que ya te había insinuado con respeto del alejamiento de mi familia.

Todo fue culpa mía por intransigente, cerrada y anticuada. Mi hija, mi única hija, se casó, ahora me doy cuenta, con un bueno para nada; un inútil que hasta llegó a golpearla, y cuando vino a mi casa con sus hijos diciéndome que se iba a divorciar, yo la eché a la calle sin miramientos, tachándola de libertina, de casquivana; recordándole que el matrimonio era para toda la vida y que iba a vivir en pecado mortal. Todavía me parece verla cuando iba bajando hacia la calle, arrastrando su pequeña valija y con un niño en cada mano. Unos tres años después supe que el marido y el hijo habían muerto en un accidente, pues este, manejando borracho, se había estrellado contra un árbol. Salí a buscarla, siguiendo el rastro de las noticias, pero en la vecindad donde vivían me informaron que, con su niña, se había mudado. No puede volver a saber jamás de ellas...

La señora Regina terminó de tomar su té, diciéndole, -¡vaya! de pronto me ha dado mucho sueño. Por cierto, mañana temprano viene la persona que hace la limpieza general de la casa. Se llama Toña. Por si me quedo dormida, quiero que estés pendiente del timbre, por favor. ¡Claro que sí! -sonrió Idolidia- La acompaño a su habitación.



Una vez que la ayudó a acostarse, se sentó a la orilla de la cama diciéndole:

-No te duermas aún, abuela.

-¿Abuela? Repitió la dama. ¿De qué hablas?

-Yo soy tu nieta, la misma que hace años echaste a la calle sin la más mínima humanidad. La misma que vio como su padre masacraba a su madre; la que vivió terribles pobreza, de vecindad en vecindad, observando como la única persona que tenía en el mundo caía irremediabilmente en la locura, hasta que falleció entre sus brazos.

-¡Amelia! Porque tú te llamas Amelia, como tu madre, ¡como mi hija! Ya estás aquí, de ahora en adelante no va a faltarte nada. Yo estoy muy arrepentida. Te lo expliqué. Esta casa, lo poco que tengo, es tuyo, ya hice mi testamento. Mira ahí, en la gaveta derecha de mi tocador.

-La herencia es lo de menos abuela, aunque claro que voy a aceptarla.

La dama, se llevó las manos a la frente diciendo.

-No sé por qué tengo tanto sueño, ya casi no puedo mantener mis ojos abiertos.

-Y no los volverás a abrir, abuela, de eso me he encargado yo. Busqué trabajado como afanadora en un hospital y pude hacerme con un medicamento que hará parecer que sufriste un infarto mientras dormías. Mi madre me dijo que padecías del corazón; ni autopsia van a hacerte. No podía creerlo, agrego, la suerte que tuve cuando pusiste el anuncio solicitando una acompañante, pues era la parte que más me preocupaba; como llegar a ti haciéndome pasar por una completa desconocida.

Amelia recordaba con todo detalle qué había tocado, donde puso sus manos y con minuciosidad limpió cada una de sus huellas, recogió la cocina guardando todo perfectamente seco, no olvidando revisar el testamento, del cual tomó debida nota, dejándolo en el mismo lugar, y de llevarse la carpeta donde estaban sus datos falsos... Con toda tranquilidad, antes de salir, miró a su alrededor repasando mentalmente sus movimientos. No dejaba nada al azar.

Al cerrar la puerta se dijo: en cuanto me mude a esta casa, voy a cambiar ese maldito timbre.

La joven que entró en el despacho del notario a donde fue citada a través de un anuncio de prensa, no se parecía en lo absoluto con la gris Idolidia. Amelia era una mujer atractiva, bien vestida, de ojos y cabellos claros, la que con cierto elegante desenfado y extendiendo su mano, dijo:

-Señor notario, ¿en qué puedo servirle?

*Adelfa Martín*  
Guadalajara - México

*Escritora polifacética que  
ha incurrido en varios géneros.  
Escribe novela, cuento y  
poesía.*





## Cirugía

Estamos en un hospital del Zemstvo. A falta de doctor, que se ausentó para contraer matrimonio, recibe a los enfermos el practicante Kuriatin. Es un hombre grueso que ronda los cuarenta; viste una raída chaqueta de seda cruda y pantalones usados de lana. En su rostro se refleja el sentimiento de que cumple su deber y se encuentra satisfecho. Con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda sostiene un cigarro que despiden un humo pestilente.

En la sala de visitas entra el sacristán Vonniglásov. Es un viejo alto y robusto, que viste una sotana pardusca ceñida con un ancho cinturón de cuero. El ojo derecho, atacado de cataratas, lo tiene medio cerrado; en la nariz ostenta una verruga que de lejos se asemeja a una mosca grande. En un primer momento el sacristán busca con los ojos el icono y, al no encontrarlo, se persigna ante una bombona que contiene una disolución de ácido fénico; luego saca un trozo de pan bendito, que traía envuelto en un pañuelo rojo, y, haciendo una inclinación, lo coloca ante el practicante.

-Ah... Mis respetos -bostezo el practicante-. ¿Qué le trae por aquí?

-Le deseo un buen domingo, Serguei Kuzmich... Tengo necesidad de sus servicios... Con razón se dice, y usted me perdonará, en el Salterio: «Mi bebida está mezclada con lágrimas.» El otro día me disponía con mi vieja a tomar el té y no pude ni probarlo, ni tomar un bocado; era como para morir... Tomé un sorbo y sentí un dolor horrible en una muela y en toda esta parte... ¡Qué dolor, Dios mío! En el oído, perdóneme, parecía como si me hubieran metido un clavo u otro objeto. ¡Qué punzadas, qué punzadas! He pecado, no observé la ley... Mi alma se ha endurecido con vergonzosos pecados, he pasado la vida en la pereza... ¡Por mis pecados, Serguei Kuzmich, por mis pecados! El reverendo padre, después de los oficios litúrgicos, me lo echa en cara; «Tartamudeas, Efim, tu voz es gangosa. No hay manera de entender nada cuando cantas.» Pero ¿cómo quiere que cante, si me es imposible abrir la boca, tengo el carrillo hinchado y no he podido pegar ojo en toda la noche?

-Ya veo... Siéntese... Abra la boca.

Vonniglásov se sienta y abre la boca. Kuriatin arruga el ceño, mira y, entre las muelas que el tabaco y el tiempo han puesto amarillas, ve una adornada con un resplandeciente agujero.

-El padre diácono me aconsejó que me aplicara vodka con rábano, pero esto no me ha proporcionado ningún alivio. Glikeria Anísimovna, que Dios le conceda salud, me dio un hilo traído del monte Athos para que lo llevara atado al brazo y me dijo que hiciera buchec de leche tibia. El hilo me lo puse, pero lo de la leche no lo cumplí: temo a Dios, estamos en Cuaresma...

-Es un prejuicio... -Pausa-. Hay que extraerla, Efim Mijéich.

-Usted sabrá, Serguei Kuzmich. Para eso estudió, para comprender estas cosas tal como son, lo que hay que extraer y lo que se puede remediar con gotas o algo por el estilo... Para eso está aquí, que Dios le dé salud, para que recemos por usted día y noche... como si fuera nuestro propio padre... hasta el fin de nuestros días...

-Tonterías... -replica el practicante en un rasgo de modestia, mientras busca en el armario del instrumental-. La cirugía es una cosa muy sencilla... todo es cuestión de práctica y de buen pulso... En un instante acaba uno... El otro día, lo mismo que usted, vino el propietario Alexandr Ivánich Eguípetski... También con una muela... Es un hombre culto, todo lo pregunta, quiere saber el porqué y el cómo. Me estrechó la mano, me llamó por el nombre y el patronímico... Vivió siete años en Petersburgo y conoce allí a todos los profesores... Estuvo un buen rato conmigo... «Por nuestro Señor Jesucristo», me suplicaba, «extráigamela, Serguei Kuzmich.» ¿Por qué no hacerlo? Se la podía extraer. Lo único que hace falta es comprender las cosas... Hay muelas y muelas. Unas se sacan con fórceps, otras con el pie de cabra, otras con la llave... Según los casos.

El practicante toma el pie de cabra, lo mira interrogativamente, luego lo deja y coge los fórceps.

-A ver, abra más la boca... -dice, acercándose al sacristán con los fórceps-. Ahora mismo... Es cosa de un momento... Tendré que hacerle una incisión en la encía... efectuar la tracción según el eje vertical... y eso es todo... -Hace la incisión-. Y eso es todo...

-Usted es nuestro protector... Nosotros, estúpidos, somos unos ignorantes, pero a usted lo iluminó el Señor...



-No hable con la boca abierta... Esta muela es fácil de extraer, a veces uno no encuentra más que raigones... Pero ésta es cosa de nada... -aplica los fórceps-. Quietos, no se muevan... En un abrir y cerrar de ojos... -Efectúa la tracción-. Lo principal es agarrarla lo más hondo posible -Tira... -Para que la corona no se rompa...

-Padre nuestro... Virgen Santísima... Ay...

-Así no... así no... ¿A ver? ¡No me agarre! ¡Suélteme! -Tira-. Ahora... Así, así... La cosa no es tan fácil...

-¡Santos padres!... -grita-. ¡Ángeles del cielo! ¡Ay, ay! ¡Pero tira ya, tira! ¿Te vas a pasar cinco años para arrancarla?

-Esto de la cirugía... De un golpe no es posible... Ahora, ahora...

Vonmiglásov levanta las rodillas hasta la altura de los codos, mueve los dedos, los ojos se le desorbitan, respira fatigosamente... Su cara, congestionada, se cubre de sudor, los ojos se le llenan de lágrimas. Kuriatin resopla, se mueve ante el sacristán y sigue tirando... Transcurre medio minuto horroroso y los fórceps se escurren de la muela. El sacristán se pone en pie de un salto y se mete los dedos en la boca. La muela sigue en su sitio.

-¡Vaya manera de tirar! -dice con voz llorosa y, al mismo tiempo, burlona-. ¡Ojalá tiren así de ti en el otro mundo! ¡Muchísimas gracias! ¡Si no sabes sacar muelas, no te metas a hacerlo! No veo ni la luz...

-¿Y tú por qué me agarrabas de ese modo? -se irrita el practicante-. Cuando yo tiraba, me empujabas en el brazo y no cesabas de decir estupideces... ¡Imbécil!

-¡El imbécil serás tú!

-¿Crees, mujik, que es fácil extraer una muela? ¡A ver, prueba tú! ¡No es como subir a la torre de la iglesia y repicar las campanas! -Remedándole-. «¡No sabes, no sabes!» ¿Quién eres tú para decirlo? Al señor Eguípetski, Alexandr Ivánich, le extraje una muela y no protestó para nada... Es un hombre mucho más distinguido que tú; no me agarra... ¡Siéntate! ¡Te digo que te sientes!

-No veo nada... Espera a que recobre el aliento... ¡Oh!

Se sienta.

-Pero no te entretengas tanto, tira fuerte. No te entretengas y tira... ¡De una vez!

-No me des lecciones. ¡Señor, qué gente más ignorante! Es para volverse loco... Abre la boca... -Aplica los fórceps-. La cirugía, hermano, no es una broma... No es lo mismo que cantar en el coro... -Hace la tracción-. No te muevas. Se ve que la muela es vieja; las raíces son muy hondas... -Tira-. No te muevas... Así... así... No te muevas... Ahora, ahora... -Se oye un crujido-. ¡Ya lo sabía!

Vonmiglásov permanece unos instantes inmóvil, como si hubiera perdido el conocimiento. Está aturdido... Sus ojos miran estúpidamente al espacio y su pálida cara está bañada en sudor.

-Si hubiera usado el pie de cabra... -balbucea el practicante-. ¡Buena la hemos hecho!

Volviendo en sí, el sacristán se mete los dedos en la boca y en el sitio de la muela enferma encuentra dos salientes.

-Diablo sarnoso... -gruñe- ¡Te han puesto aquí para nuestra desgracia!

-Todavía vienes con insultos... -protesta el practicante, colocando los fórceps en el armario-. Eres un ignorante... En el seminario no te zurraron bastante... El señor Eguípetski, Alexandr Ivánich, vivió siete años en Petersburgo... es un hombre culto... lleva trajes de cien rublos... y no me insultó... ¿Y tú, qué gallinácea eres? ¡No te pasará nada, no te morirás por eso!

El sacristán coge el pan bendito de la mesa y, con la mano en la mejilla, se va por donde había venido...

*Anton Chéjov*  
Taganrov-Rusia-1860  
Badenweiler-Alemania-1904

*Cuento publicado por primera vez en el número 32 de la revista "Oskolki" en el año 1884 con el título "Escenita" y bajo el pseudónimo A. Chejonté*





# Una historia de amor encontrado

Con medio corazón vagaba por las calles, se arrastraba por ellas, en busca de una fachada que por el gusto de su geometría le prestase auxilio, pero no, divagaba por las calles, mientras su garganta vomitaba el resto del otro medio que le quedaba.

Había llovido la noche anterior y la calzada no ayudaba a permitir su paso dubitativo, se balanceaba, se topaba con paredes y obstáculos mientras no paraba de derramar lo que le quedaba. Su singular mal humor era a veces la única señal de vida que podía manifestar, a la vez que su profundo arrepentimiento y desconsuelo vestían el vecindario, pues sus gritos lo inundaban.

Jamás pudo adivinar hasta los comienzos de aquella tarde que también podían haber sombras en el cielo o que no solamente el sol es el único a renacer de su figura, pues no todas las condenas son de sangre. Aquella misma tarde, los vestigios del día anterior y las insinuaciones del próximo iban a alumbrar el mayor dolor que pudiera permitir y sentir un hombre, una obsesión.

No fue el dibujo de un lápiz lo que le marcaría, tampoco el rastro sobre un folio lo que le enloquecería, fue el tacto de unos dedos de mujer los que trazaron el camino de su futura enfermedad, trazos sobre su pecho, la silueta del nombre de ella, que con un poco de suerte, el bordado de sus letras, hecho a fuego, se apagaría en alguna muerte próxima.

Vagó por el silencio de aquella tarde, sin dejar de buscarla, sin parar de susurrar la descripción de su figura, pero nadie le escuchaba, mientras navegaba por plazas que a esas horas se despejaban del mercado matinal. Y sin parar de perderla y encontrarla entre las personas, esquinas y tenderetes, los rayos de su pecho comenzaron a enraizar en su carne, costillas y venas, para nunca marcharse de allí, pero él, hartado de ilusión y sueños, no notaba absolutamente nada, solo quería tenerla, para él, a solas, y entonces ni el tiempo importaría, pues así era él, un ambicioso de un solo trofeo, un hambriento de cariño que buscaba un balcón apropiado donde derramarse.

Transcurrió el tiempo, y con él la historia de esta persecución que pronto se acabaría, pues al mirar a la izquierda, en el cruce de una calle, vio como aquella mujer, que tanto lo había marcado, se precipitaba sobre la puerta de una casa que cerró tras de sí. Lloró, lloró por encontrarla y no poder verla, lloró y siguió llorando porque nunca lo hizo de aquella manera, sentado en el portal de la misma casa. Lo escuchó, ella escuchó sus sollozos tras los finos cristales de su ventana del primer piso, y viendo su desesperación decidió bajar. Era la mujer más bella que jamás había visto, su largo pelo describía una figura perfecta a la que le seguían unos ojos que no solo poseían color, más te podías ahogar en ellos y morir afortunado mil veces, y al tallo de la luz se ofrecían casi incomprensibles a la lógica humana y por ello se dice, que todo hombre debía recurrir a la locura con tal de comprenderlos, pues ninguno se resistía. El hombre sin poder articular palabra alguna, se plantó delante de la mujer, y esta, ágil en sus decisiones, pues no hubo mejor maestra que la experiencia, enterró su mano bajo la piel de él, rápido, como si ya lo hubiese ensayado, encontró el corazón y decidió retener la mitad, excusándose en estas palabras.

- Yo me quedaré un trozo de él, para poder recordarte después de tu muerte, lo plantaré y de él crecerá una planta, pues más vale esto, porque a ella si le corresponderá un amor que vaya a visitarla cada mañana, hasta el cielo de la noche.

Se lo arrebató sin dudar, en sus manos lo guardó y se volvió para meterse en la casa precedida por el portal. El hombre, impactado ante lo sucedido, tardó en comprender la magnitud de su dolor, para cuando lo hizo, ya estaba vomitando, pues esa otra mitad que le quedaba si no era de ella ya no quería ser de nadie.

Acabó por desvanecerse cuando ya no poseía la última parte de su ser, pero solo entonces, en el espejo de un charco, pudo verse a sí mismo y solo ahí pudo ver más de sí mismo que en toda una vida, allí, en esa ambigua realidad, de espejismos y sucesos, mentira y verdad, en aquella miseria que era el escombros de su alma y se derretía sobre las palmas de sus manos, mientras el bordado del nombre en su pecho no paraba de consumirle.

Cuando a la mañana siguiente lo encontraron unos paseantes, no pudieron decir otra cosa que lo siguiente, antes que pasaran de largo:

- Mira Darío, otro a quien la bella mujer ha secado.

- Oh joven Jiménez, deja su poético cuerpo insulso e inerte muerto, pues solo muerto ha de quedarse, pues no hay más agonía, y por ello hermosa muerte, que la de ser muerto por amor, como tampoco hay más deliciosa y dulce vida que la que se comienza persiguiendo y se acaba sin seguir a nadie.

*José Planes Jurado*  
Valencia - España - 1994

*Estudiante de Física e la  
Universidad de Valencia.*





# Partida con el enemigo

## Fecha desconocida

El aire soplaba con fuerza en el exterior de la cárcel de Dark-Light.

En la frontera de Canadá y Alaska se erguía un edificio hexagonal, no había nadie en el exterior pero daba la impresión que en lugar de una cárcel era más bien una fortaleza militar.

En el interior reinaba la oscuridad, más ahora en esa época del año en la que seis meses siempre era de noche. Los guardias ni siquiera se dignaban a encender las luces. A diferencia de otras cárceles, esta fue diseñada por un arquitecto americano; no es la típica prisión con barrotes que se ven hoy en día en las películas. Solo había ventanillas en las puertas rojizas, por las que algunos se atrevían a mirar, pero enseguida se apartaban. En el largo camino que cruzaba la sala empezó a reinar el eco de las pisadas de los guardias que se dirigían a la celda 0427. Su ocupante las oyó y se dirigió hacia la ventanilla para ver si venían hacia él de verdad. Sus esperanzas aumentaron al confirmarse. Se apartó de la puerta y esta se abrió. Los guardias le dijeron con malos modos que saliera de allí, este sonriendo les obedecía pero arrastrando sus pesados pies por el suelo hizo un ruido muy molesto, provocando que uno de ellos le diera un codazo en el cogote, provocándole que soltara unas risas.

Eso llamó la atención de algunos prisioneros que se asomaron a las pequeñas ventanas mirando con curiosidad y miedo mezclados en sus ojos.

El Albino tenía visita.

Así le llamaban todos debido a que tenía un cabello blanco, a pesar de ser muy joven, y además unos ojos de color rojizo que despertó escalofríos a más de uno. Tenía un cuerpo muy fortalecido gracias a las rutinas en los gimnasios, que hacía estremecer de placer a los homosexuales de Dark-Light.

Los guardias arrastraron al preso 0427 por el largo pasillo hacia al fondo. La sala de visitas estaba en el lugar más apartado de la cárcel. Las visitas que se concedían eran muy escasas, ya que esa cárcel tenía la peor calaña viviendo dentro de sus muros, bajo las atentas miradas de más de 200 guardias y de cámaras de seguridad. Más de un huésped había matado a gente importante o había cometido crímenes lo suficientemente graves para estar allí. En una habitación oscura, sin iluminación, diminuta y cuadrangular cuyo centro ocupaban una mesa redonda y dos sillas que estaban una enfrente de la otra y el preso se sentó en una y esperó a que su visita apareciera.

Un haz de luz le cegó durante unos segundos hasta que se recuperó y delante de él estaba sentada una figura que conocía muy bien. Alto, con el pelo largo y bien cuidado, vestido de negro que le hacía parecer más delgado de lo que era, la nariz puntiaguda, una barbilla algo mal recortada y esos ojos marrones oscuros que en más de una ocasión había visto, y que al prisionero 0427 le parecieron hermosos. Y aún seguía teniéndolos.

-Nos volvemos a ver- dijo Nabar Balder-Veo que te has ejercitado bien...Kian.

Kian le sonrió mostrando unos dientes caninos un poco inusualmente afilados, soltó una risa, la más espectral que Nabar había escuchado. La única visita que recibía Kian y era bastante frecuente, era la del policía que tenía delante. El hombre que le atrapó.

Nabar sacó una pequeña caja y de su interior salieron fichas negras que ocultaban detrás un fondo blanco con números dibujados en puntos negros.

-¿Has venido desde tan lejos solo para jugar al dominó conmigo?-preguntó Kian.

Nabar no contestó nada y le incitó a que empezaran la partida con un ademán de cabeza.

Kian se acomodó delante de él, a su vez que Nabar hacía lo mismo. Mezclaron las fichas, las repartieron y empezaron a jugar. Uno tras otro iban formando una figura por cada ficha que les



tocaba colocar, a la vez que robaban del montón que estaba a un lado e iban colocando. El silencio duró unos 34 minutos largos, cuando Nabar decidió romper el hielo.

-¿Cómo llevas la condena?-le preguntó.

Kian alzó la vista, sus ojos se clavaron en los oscuros de Nabar que esperaba la respuesta cuando antes mejor. Esperó un tiempo para contestar, con la esperanza de provocar impaciencia a su captor.

-¿Qué ocurre?-le preguntó burlón-¿Es que me echas de menos? ¿Has tenido sueños excitantes conmigo, cariño?

Nabar cogió la ficha 3/6 y la colocó con la cabeza del 6/6, provocando que el eco de un golpe sonase como advertencia de que Kian no continuase por ahí. Este captó el mensaje y decidió responderle.

-Es más cómodo de lo que crees. Una vez que te acostumbras, puede ser un acogedor hogar. Aunque no hay precisamente buena compañía. La mayoría de los hombres son muy feos.

Una risa floja y burlona se escapó de su boca provocando que a los dos guardias se les erizaran los vellos de las nuca, despertando incómodos recuerdos en sus mentes. Nabar estaba centrado en sus fichas y no se inmutó ante el comentario. Kian colocó una ficha y volvió a dar conversación.

-Por cierto, he oído que has atrapado al asesino ese de los políticos. Un caso escalofriante.

-Sí-le contestó-Fue bastante difícil, pero no tanto para mí.

-Exacto-dijo Kian-No fue como el mío.

Nabar y él se clavaron puñales con los ojos. Él estaba acercándose a un juego muy peligroso y sabía que podía sufrir una mala consecuencia. Tanto Nabar como Kian.

-Antes eras un verdadero justiciero, cariño-dijo Kian siseando la voz-*Pero mírate...Te has rebajado a ser un basurero más de la Policía. Nabarcito, me has decepcionado.*

-No sigas. ¡NO SIGAS!-le decía la mente de Nabar, lo que no podía decir por la boca.

-Eres un auténtico... juguete roto-seguía Kian-Una estafa. Tal vez, en aquel momento... ¿Debería de haberla hecho gritar más?

-¡Dominó!-gritó Nabar golpeando la mesa haciendo que el eco sonara con más fuerza.

Se levantó, agarró por el cuello de la camisa a Kian, encarando lo suficientemente cerca para sentir el aliento de ambos, a la vez que el odio mutuo que se sentían, se dibujaba en su rostro hasta convertirse en máscaras.

-Siento decepcionarte-dijo Nabar- pero sí puedo hacer que condenen a asesinos como tú. Prefiero ser el basurero que barre la porquería que nadie ha barrido. ¡Y si te atreves a nombrarla! Te juro que no dudaré en saltarme mi código. ¿He hablado con claridad?

Kian borró el odio de su rostro. Ahora tenía el de un hombre cansado de escuchar siempre la misma canción. Suspiró y se acomodó en la silla.

-Cristalino. Inspector Balder.

Nabar se alejó de él y se dirigió hacia la puerta pero oyó la voz de su enemigo decir:

-Ese discurso de policía de los años 70 no te pega, cariño. Aunque no te guste lo más mínimo...Tú y yo somos iguales. ¡Siempre seremos iguales!

La risa de ese maníaco empezó a invadir la sala, lo que hizo sentir a Nabar aún más incómodo. Salió dando un portazo a la puerta.

*Rubén Falgueras Pradas*  
Barcelona - España - 1990

*Escritor con preferencia por la narrativa.*





# Con flores a María

Andrés bajó del tren y después de sacudir las dos piernas entumecidas por horas y horas de estar sentado, entró en la cafetería de la estación. Hacía doce años que había salido de su pueblo y ahora regresaba, con el solo propósito de llevar un ramo de flores a una tumba del cementerio que estaba en lo alto de la colina.

Comió un filete con patatas y una ensalada. Bebió dos copas de vino.

“-Hola, Paco, ¿has visto a mi mujer?

-Déjalo ya Andrés, ¿Por qué no buscas primero en tu casa? Seguro que está allí.”

Andrés recordó esta conversación mientras se acercaba al pueblo. Sacó de su mochila una gorrilla gris y se la caló hasta las orejas. Se fue encaminando a la Calle Nueva, ya que recordaba que allí había una floristería, y vio los cambios que se habían producido en esos doce años, en el pueblo que lo vio nacer.

\*\*\*\*\*

-Buenos días. ¿Qué vas a hacer hoy?

-Hola, cielo—. María se acercó a él para besarle.

-Cuando hago una pregunta me gusta que me respondan.

Y dio un paso atrás para impedir su acercamiento. A María se le aceleró el corazón y empezó a buscar las palabras con un cuidado infinito.

-Perdona, estaba distraída.

-Pues si yo estoy atento contigo, tú también conmigo, ¿te enteras?

-Lo entiendo.

A María le temblaban las manos.

-Pues si lo entiendes, no sé porque todavía no has contestado. El café se está enfriando.

-Va voy.

María acabó de servir el desayuno que ya tenía preparado en la mesa, y fue a sentarse.

-Haz otro café, ya te he dicho que este está frío.

María recuperó la inclinación de sus piernas y se dirigió a la cocina con harto miedo de tropezar y caerse.

Acabaron de desayunar en silencio. Andrés cogió un gabán del perchero de la entrada, de espaldas a María le dijo:

-Si mi jefe me dice que llego tarde, tendré que decirle que mi mujer es idiota, ¿verdad?

María estaba de pie petrificada.

-Y además sorda... Y muda.

Andrés abrió la puerta y se fue dando un portazo. María siguió donde estaba, hasta que del pánico pudo pasar al llanto. Más serena y pensando cómo era posible ese despertar, si en la noche anterior todo había sido una seda y se habían revolcado a placer. Si pudiera entenderlo. Miró el reloj, había quedado con su amiga Carmen a las doce y todavía no tenía arreglada la casa.

-Perdona, niña, llevo toda la mañana corriendo.

Carmen y ella se abrazaron.

-Malo.

-Malo ¿qué?

-Que si llevas toda la mañana corriendo, es que ha empezado mal.

-Y ¿por qué va a ser eso?

-Deberías haberte puesto un colirio, tienes los ojos enrojecidos.

-María la miró fijamente y quedó, quedó, empezó a llorar.

-Bueno, vamos a lo nuestro. Mañana puedes ir a ver a mi jefe. Hay una plaza de administrativa. Le he dicho que manejas muy bien el ordenador. Ya sabes lo bien organizada que está esa cooperativa de espárragos. Cuando yo empecé hace cinco años éramos un puñadito y ahora somos más de cien. ¿A qué hora regresa Andrés hoy?

María, que había dejado de llorar, bebió dos sorbos del refresco que tenía delante.



María, que había dejado de llorar, bebió dos sorbos del refresco que tenía delante.

-Hoy a las seis, pero no estoy segura.

-Vamos, María, eso es fácil de recordar.

-Sí, a menos que me mienta. Ya lo ha hecho varias veces. Me dice una hora de su turno y se presenta a otra. Creo que lo hace para vigilarme Pero es tan perseverante que siempre me hace dudar y pensar que la desmemoriada soy yo.

-¡Vamos! Me hace eso mi marido y lo capo.

-Tú no lo entiendes. Andrés es bueno y cariñoso, creo que le consumen los celos y que es posesivo. Pero, no sé qué decirte, mira a la Elisa, loca por un tipo que no la mira y que va de una a otra. Si tengo que elegir me quedo con lo que tengo.

-Pues niña, que esto te lleva al camposanto. Todo es empezar y Andrés progresa a mucha velocidad. Me acuerdo cuando empezó de novio tuyo, tan considerado y atento. Cada vez que se pasaba en un bar estirándote de la falda para abajo, te llevaba unas flores, ¿te acuerdas? ¿Y aquel día que te tapó el escote con su pañuelo delante de todo el mundo? Me sacas de quicio, tía. Cuantos más pasos para atrás des tú, más pasos para adelante dará él. Me tengo que ir al trabajo. Toma esta tarjeta. Agárrate a este curro que te sacará de esa trampa en la que estás encerrada.

María miraba el reloj cada media hora. Y cada cuanto, se acercaba a la cocina a volver a probar el guiso de patatas y carne que había preparado para la cena. Cada vez comprobaba que estaba en su punto, pero al rato ya lo había vuelto a olvidar.

Tenía la tele puesta y estaba planchando la ropa del domingo anterior que Andrés usó en dos días de cacería, y las de la última puesta del trabajo. Y aquel pantalón azul que tanto le gustaba y que se había manchado el sábado “¿Es que estás borracha? ¿Por qué te tiemblan las manos? ¡Mira lo que acabas de hacer con este pantalón recién puesto!”

Sí, ella tan torpe le había tirado encima una cerveza. Fue a buscar una percha y puso en ella el pantalón. Volvía a mirar el reloj cuando sonó la puerta. Las cinco y veinte.

-Hola ¡qué pronto vienes hoy!

Andrés se quitó el gabán y las botas.

-¿Qué has hecho hoy?

-Pues, todo lo necesario. He limpiado la casa, puesto un par de lavadoras y las he tendido. Preparado la comida y estoy terminando de planchar. Sí te apetece podemos ir al cine o adonde te apetezca.

-¿Adónde te apetezca? -Remedó

María lo miró con los ojos muy abiertos. ¿Qué había pasado ahora?

-¿Te he preguntado qué has hecho hoy?

-Ya te lo he dicho.

Su voz era cada vez era más débil.

-No, no me lo has dicho. Piensa.

Mientras hablaba se iba acercando.

-He estado con Carmen, pero te lo dije esta mañana.

-Error, ¡esta mañana no me lo has dicho! ¿Qué tenías que ver con Carmen que yo no pueda saber?

-Nada, ya sabes que es muy amiga mía.

-Pues si no pasa nada ¿por qué me lo has ocultado?

-No te he ocultado nada. Esta mañana no me dejaste hablar.

-¿Qué yo no te dejo hablar? Esta sí que me es buena ¿Para qué la has visto?

María vio el puño cerrado de él a la altura de sus ojos.

-Me ha ofrecido un trabajo en su empresa.

-Lo ves, lo ves, como si había algo que ocultar.

El puño bajó y empezó a golpear la tabla de la plancha que los separaba.

-¿Para qué quieres tú un trabajo? Será para lucir tu palmito en una empresa que está llena de tíos. ¿Para eso?

El puño ya volvía a estar a la altura de sus ojos.

-Casi todas son mujeres... He pensado que otro sueldo nos vendría bien. Yo tengo tiempo para todo.

-¡Ah! ahora es eso. Se trata de que yo no puedo mantener mi casa, que yo no soy un hombre... suficiente.



Y tú eres una súper súper.

-Andrés, estás sacando las cosas de quicio. Yo no digo nada de eso, ni tampoco lo creo. La bola te la estás haciendo tú solo. En cualquier casa, si trabajan dos se vive mejor que si lo hace uno solo.

-Claro, tú no vives bien -dijo entre dientes.

La tabla de la plancha ya no los separaba. Andrés había dado la vuelta y estaba a su lado. La cogió por los hombros y la acercó hasta que sus alientos se mezclaron. Después empezó a alzarla.

-¿Cuándo me has pedido permiso para trabajar? ¿Cuándo hemos tratado antes este asunto?

Los pies de María apenas rozaban el suelo. Por mucho que él preguntara, tal como la tenía atenazada, ella no podía hablar.

Por fin, la soltó. Ella se sujetó el cuello y tosió. Se fue hacia el cuarto de baño, se echó agua en la cara y en el cuello, se secó y se tumbó en la cama hecha un ovillo.

Un par de minutos después él estaba tumbado a su lado. Le pasó un brazo por encima y la abrazó. Buscó su cara y fue besándola muy despacio.

-No sé por qué pasa esto, lo ves. Tú sabes que yo te quiero. Pero así es muy difícil, parece que te gusta sacarme de quicio. Si estuvieras más atenta... Yo no quiero enfadarme, eso ya lo sabes. Y a veces pienso que no me quieres...

Ella, que estaba dispuesta a no contestar, aquí ya no se pudo callar. Se estiró un poco y levantó la cabeza.

-Cómo te atreves a decir eso, si en mi vida ya no hay nadie más que tú. Cómo crees que se puede aguantar esta vida sin amor. Le cogió la cara con las dos manos.

-Andrés ¿es que no lo entiendes?

-¡Dímelo!, dime que eres mía.

-Soy tuya, Andrés, soy tuya.

Y le estuvo besando la cara hasta que pareció quedarse dormido.

\*\*\*\*\*

Ya había llegado a la Calle Nueva, y la floristería "La Camelia" seguía allí. Una campanita anunció su llegada.

-Buenas tardes, ¿qué desea usted?

Andrés se quitó la gorra y se quedó mirándola.

-¿Andrés?

-Sí, Amalia, soy yo. Te veo muy bien.

-Qué haces aquí, como te vea la familia de María te van a apedrear. ¿No estabas en la cárcel?

-Salí hace dos días. He venido a cumplir una promesa, y cuando lo haga me iré.

-¿Qué promesa puede cumplir un degenerado como tú? María era mi prima y te juro que bien la avisamos de que te dejara, pero ella te quería. Valiente tonta. Mira donde acabó.

-Dame esas flores.

-¿Todas?

Andrés, se volvió a poner la gorrilla y salió a la calle con dos docenas de claveles rosa. Se encaminó directamente al camino del cementerio. Cuando llegó se volvió a quitar la gorrilla y sin dudar se dirigió a la tumba que buscaba. La lápida decía: "María Llorente López. Nacida el 25 de septiembre de 1.974. Fallecida el 15 agosto del 2.000."

Andrés se paró delante.

-Hola, María, te dije que vendría. Te he traído las flores que más te gustan, para que veas que me acuerdo de cuales son. Siento que no creyeras lo mucho que te he querido. Siempre te llevaré en mi corazón.

*Rosa María Nieto de Molina*  
Nacida en Marruecos  
de nacionalidad española

*Viajera y lectora incansable.  
Periodista y escritora.*





# Indolentes comensales

*“La desgracia no une a las gentes, sino que las separa; y donde parecería natural que el dolor común debiera fundirlas hay mucha más injusticia y crueldad entre ellas que entre las relativamente contentas”*

*Anton Chéjov en “Enemigos”*

No hay duda de que sentarse a la mesa con un gran amigo, o dar un paseo y mantener un diálogo cordial y agradable, es uno de los mayores placeres que el ser humano puede disfrutar cuando se ha alcanzado ese periodo de madurez en el que uno sabe valorar la importancia de la amistad sincera y verdadera. Sin embargo, no siempre los amigos llegan en el mejor momento ni la conversación fluye como debiera. Lo que un buen día le ocurrió a Clemente guarda la misma similitud con un diálogo que el fondo de un pozo con un cielo claro y despejado.

Clemente era un afamado pediatra del Hospital Infantil. Toda una eminencia en el mundo de la medicina y vecino admirado por todos. Quienes tenían la fortuna de conocerle daban fe de su gran corazón y de su firme determinación para ayudar siempre a quien tuviera la fortuna de encontrarse en su camino. Un día, Clemente recibió por teléfono una fatal noticia. Su mujer había tenido un accidente de tráfico y había perecido. Su pequeño hijo, que viajaba con ella de acompañante, se debatía entre la vida y la muerte en la sala de urgencias del hospital donde trabajaba.

Entre lágrimas y muy nervioso, tuvo el detalle de agradecer a su interlocutor la noticia antes de colgar. Cogió las llaves de su coche y se dirigió al vehículo a toda prisa con la intención de acudir al encuentro de su malherido hijo. Con gran desespero intentó una y otra vez arrancar su coche sin lograrlo. Cuando se disponía a entrar de nuevo a su casa para llamar a un taxi, Kailo, uno de sus vecinos y amigo desde la infancia, mecánico de profesión y dueño de un taller de automóviles, le interrumpió desde la verja de su jardín.

—¡Clemente! ¡Amigo! ¿Cómo estás? Necesito un gran favor.

—Hola, Kailo, no es un buen momento. Lo siento. —se disculpó el doctor con ansias.

—Verás, tengo un problema y creo que tú eres la única persona que puede ayudarme.

La insistencia de Kailo perturbó sobremanera a Clemente, que lógicamente no estaba en la mejor disposición para satisfacer demanda alguna que no fuera la de su hijo. Cuando por fin se alcanzaron el uno al otro de forma que Kailo pudo ver el rostro desencajado de su amigo, se hizo un silencio desgarrador. Sin embargo, el mecánico también venía pálido como la mismísima muerte y no parecía tener intención de dejar marchar a su amigo.

—Se trata de Cintia, mi mujer. Acabo de descubrir que me engaña con un enfermero de tu mismo hospital. Necesito que me escuches. Tengo que descubrir dónde se encuentra.

—Te pido que me disculpes, Kailo, —insistió Clemente— me ha ocurrido algo terrible y ahora no puedo, de verdad que no.

—Amigo, no te molestaría si no fuera de máxima necesidad —prosiguió Kailo como si los ruegos de su amigo hubieran sido pensados y no dichos— sospecho que se van a fugar bien lejos y si no me ayudas ahora la perderé para siempre.

Ambos se miraron por un instante, y Kailo pareció percibir el inquietante estado en el que se encontraba el doctor.

—Por cierto, ¿qué es eso tan terrible que te ha ocurrido?



—Mi mujer acaba de tener un accidente de tráfico. Ha muerto. Y mi hijo está grave en el hospital, tengo que ir a su encuentro de inmediato y el coche no me arranca. He de llamar a un taxi, no puedo esperar.

—¡Oh Dios mío! ¡Es terrible! ¡Lo siento mucho, Clemente! ¿Por qué no me lo habías dicho antes? Te llevaré yo mismo al hospital, pero necesito que una vez allí entres en el archivo y me digas dónde vive ese enfermero.

Clemente, que solo pensaba en llegar cuanto antes al encuentro de su desgraciado hijo, aceptó el ofrecimiento de Kailo sin pensarlo. Subidos en el coche, mientras atravesaban a toda velocidad las calles de la ciudad, saltándose cualquier obstáculo e ignorando las normas más básicas de seguridad vial, Kailo comenzó a contarle a su amigo los pormenores de cómo había descubierto que su mujer le engañaba y de cómo había averiguado la identidad de su amante. Le dijo el nombre del enfermero y en qué sección del hospital trabajaba. Sin embargo, su compañía parecía tener la mirada perdida y el pensamiento muy lejos de los líos de faldas de Cintia.

—¿Me conseguirás esa dirección? —preguntó Kailo sacando al doctor de su estado ausente— ¿Verdad, Clemente? Lo harás, ¿a que sí?.

—Vale, lo haré. Pero primero tengo que ver a mi hijo. Está muy grave.

—¡Pero no puedo esperar, Clemente! Siento muchísimo el horror que estás viviendo pero tu hijo saldrá de ésta. Eres el mejor y a buen seguro que le salvarás. Sin embargo, yo corro el riesgo de no encontrarlos cuando llegué y destrozar mi vida para siempre. ¡Me has dado tu palabra, joder!

Las expresiones de Kailo hicieron enfurecer a Clemente. Sin embargo, el miedo a que su amigo detuviera el vehículo y retrasara aún más su llegada al hospital hizo estremecer todos sus sentidos. Así que accedió a lo que el mecánico le solicitaba. Al fin y al cabo sólo tardaría unos minutos en encender su ordenador de sobremesa y averiguar esa maldita dirección. Tan pronto llegaron al hospital, se dirigieron de inmediato al despacho de Clemente, pero una vez allí, los nervios traicionaron al doctor, que no fue capaz de introducir la contraseña correcta. Tras varios intentos fallidos, el terminal se bloqueó y ambos se miraron con perplejidad.

—Kailo, lo siento muchísimo, podríamos ir a consultar el archivo físico pero éste se encuentra en la otra ala del hospital, tardaríamos mucho y tengo que ver cómo está mi hijo. Ya no puedo detenerme más.

—Pero, Clemente, ¡no me hagas esto! —le suplicó Kailo con lágrimas en los ojos— ¡voy a perder a mi esposa para siempre! —Y abalanzándose sobre el doctor intentó agarrarle con fuerza para no dejarlo marchar hacia los quirófanos. —¡Me lo has prometido!

El doctor pudo a duras penas zafarse de los desesperados intentos de su amigo por detenerle, y corriendo lo más rápido que pudo se dirigió a su destino sin más miramientos. Cuando llegó al lugar, le comunicaron la terrible noticia de que su hijo acababa de fallecer. Ocho años de vida tenía el pequeño. Los profesionales que le atendieron le dijeron a Clemente que había llegado al hospital con traumatismos muy graves, pero consciente. Mientras intentaban detenerle las hemorragias, llamaba a su padre con un pequeño hilo de voz. Aunque nadie podría asegurarlo, la experiencia de Clemente posiblemente no hubiera sido suficiente para salvar al niño de su fatal destino. Pero el remordimiento por no haber estado allí cuando su hijo le llamaba le aplastaría los hombros el resto de sus días. Mientras se sumía absorto en el dolor más profundo que un ser humano puede experimentar, recabó por un instante en la presencia de su amigo a unos metros de distancia. Arrodillado en el suelo, parecía querer suplicarle perdón por haber retrasado su llegada.

—Clemente, amigo mío, siento muchísimo tu desgracia. Pero te suplico que me consigas esa dirección cuanto antes.



El doctor no emitió palabra alguna. En su interior un odio intenso hacia su amigo se desbocaba con la intención de dejarse mostrar. Sin embargo, tan sólo deseaba perderlo de vista cuanto antes. Así que con paso decidido recorrió los largos pasillos hasta el extremo opuesto del edificio. Rebuscó durante breves instantes entre los cientos de carpetas que se alojaban en el archivo de personal del centro, y extrajo una carpeta clasificada que parecía ser tan vieja como la amistad que tenían él y Kailo. Cuando se giró para regresar sobre sus pasos, no fue necesario, ya que ahí estaba él. Clemente no se había percatado de que le había seguido hasta allí. Así que le entregó la carpeta y rápidamente el mecánico desapareció de su vista.

En los días posteriores pudo velar y enterrar a su esposa y al menor. Pasaron varias semanas cuando, en compañía de una botella de whiskey, oyó sonar el timbre de su casa. Era Kailo. Le dejó pasar y ambos se sentaron a la mesa. Clemente le sirvió un trago y se llenó también su vaso. A ambos parecía costarles un mundo iniciar la conversación. Finalmente Clemente se animó a hablar.

—¿Pudiste encontrar a Cintia? —preguntó sin importarle lo más mínimo la respuesta.

Kailo levantó la mirada de su copa. Apretó los labios y torciendo el gesto empezó a llorar. Entonces se bebió de un trago el whiskey y agarrando la botella se volvió a llenar el vaso.

—No. Cuando llegué al lugar encontré la casa cerrada. Todas las persianas bajadas. Una vecina me dijo que hacía un minuto acababa de verlo salir con una mujer joven en un taxi, y que por el número de maletas que cargaban suponía que se iban por un largo periodo de tiempo. No la he vuelto a ver.

La amistad verdadera se pone a prueba en las situaciones más adversas. Y las almas desgraciadas, al contrario de lo que pudiera parecer, a menudo son incapaces de sentir el dolor y la pena de sus semejantes. Es inherente al ser humano que cuando las cosas vienen bien dadas la dificultad para sentirse en la piel del afligido es menor. Y por el contrario, cuando es uno quien está dolorido y se siente maltratado por el destino, es entonces que encontramos un opaco muro de ladrillos justo delante de nuestro problema, no dejándonos ver absolutamente nada más allá del propio infortunio.

Aquellas dos almas se sentían a sí mismas las más malogradas del mundo. Culpándose el uno al otro por sus crueles destinos, en el extremo opuesto de la mesa tan sólo el rencor y la ira se reflejaban en las retinas de ambos, sentimientos que les unirían para siempre, y al mismo tiempo, les separarían de por vida. Habiendo perdido todo cuanto tenían, el odio recíproco no aliviaba lo más mínimo la insatisfecha necesidad de ser escuchados. Y lo que a su vez reflejaban los vasos que sobre la mesa reposaban era la incapacidad de los desdichados para comprenderse.

—¿Te apetece quedarte a comer? —sugirió Clemente.

—Pues sí, me vendrá bien tu compañía —le correspondió Kailo.

*Víctor Alex Hernández*  
La Palma - España - 1978

*Consignatario de buques  
y profesor de inglés.  
Escritor de relatos que  
sueña con poder publicar*

